

JUVENTUD, TEORÍA E HISTORIA: LA FORMACIÓN DE UN SUJETO SOCIAL Y DE UN OBJETO DE ANÁLISIS

Sandra Souto Kustrín

Instituto de Historia del CSIC, Spain. E-mail: ssouto@ih.csic.es

Recibido: 5 Abril 2007 / Revisado: 10 Mayo 2007 / Aceptado: 14 Mayo 2007 / Publicación Online: 15 Junio 2007

Resumen: En el siguiente artículo se presenta la juventud como objeto teórico de estudio de la historia desde diferentes perspectivas, exponiendo las diferentes teorías que intentaban aproximarse al hecho social de la juventud y el tratamiento que ésta recibía por parte de ellas. Para ello se hace un recorrido minucioso de las experiencias por las que la juventud pasó para su nacimiento y consolidación como grupo social y de qué manera el concepto de jóvenes fue cambiando a lo largo de la historia. Se defiende desde el trabajo la necesidad de ahondar en el estudio de los jóvenes desde una perspectiva comparada que incorpore fenómenos similares en otras partes de Europa y del resto del mundo.

Palabras Clave: Juventud, teoría, historia, sujeto social, análisis.

INTRODUCCIÓN

La juventud se puede definir como el periodo de la vida de una persona en el que la sociedad deja de verle como un niño pero no le da un estatus y funciones completos de adulto. Como etapa de transición de la dependencia infantil a la autonomía adulta, se define por las consideraciones que la sociedad mantiene sobre ella: qué se le permite hacer, qué se le prohíbe, o a qué se le obliga. Se espera que los jóvenes empiecen a diseñar un currículum de decisiones propias - amigos, ocio, colectivos a los que se quiere pertenecer, educación, mercado laboral, ...- que los convierta en sujetos autónomos, y la sociedad les exige una postura clara y definida ante ellos mismos y ante su contexto social inmediato. Cronológicamente, no tiene unos límites de edad precisos ya que, con el paso del tiempo, se ha producido un proceso de ampliación de estos límites -que no dependen sólo de consideraciones psicológicas, sino del desarrollo social, de las posibilidades de

independencia económica y política, de la legislación, o de la percepción de la sociedad, y de los mismos jóvenes y de las organizaciones juveniles-, que continúa en la actualidad. Dentro de este periodo, además, se suele distinguir entre adolescentes y jóvenes adultos, división que destaca que estos últimos han alcanzado ya ciertas posiciones sociales que no están al alcance de los adolescentes¹.

Las aproximaciones teóricas a la juventud han evolucionado ligadas a la situación histórica, al papel de los jóvenes en la sociedad, al mismo desarrollo de los movimientos juveniles y en función de las teorías predominantes en cada momento en las ciencias sociales. Por todo esto, vamos a comenzar este artículo analizando el surgimiento de la juventud como grupo social en Europa para, a continuación, realizar una síntesis crítica de las diferentes teorías que han tratado de explicar el papel y carácter de lo que se considera juventud y, finalmente, concluir con unas breves consideraciones sobre el estudio de la problemática juvenil en España.

1. LA HISTORIA: EL SURGIMIENTO DE LA JUVENTUD COMO GRUPO SOCIAL

Ha habido siempre individuos adolescentes en el sentido biológico del término y desde tiempos inmemoriales se ha hablado de juventud: se puede rastrear la existencia de grupos de jóvenes por consideraciones de edad desde las sociedades primitivas a las primeras civilizaciones de la Antigüedad, como Grecia y Roma, o analizar la existencia de ideas o modelos sobre las "edades del hombre" desde el Bajo Imperio Romano. Se ha destacado también el papel de los jóvenes por consideraciones de edad en diferentes procesos históricos, desde la revolución francesa a la revolución de 1848 en Austria, pero se tiende a considerar que la

juventud, como grupo social definido, no cobró importancia hasta la modernidad². Las sociedades europeas preindustrializadas no establecían una clara distinción entre la infancia y otras fases de la vida preadulto: en la Edad Media y a principios de la Edad Moderna y, durante mucho más tiempo entre las clases populares, a partir de los siete años “los niños entraban de golpe en la gran comunidad de los hombres”. Incluso la terminología utilizada para definir a los diferentes grupos de edad era diferente de la actual: la “adolescencia” llegaba hasta los 21-28 años según los distintos esquemas y la “juventud” se alargaba hasta los 40-50. Y estas distinciones se podían hacer si se hablaba en latín: por ejemplo, por lo menos hasta el siglo XVII en francés sólo existían términos para referirse a la infancia, la juventud y la vejez³.

Esto no significa que las sociedades tradicionales ignorasen totalmente el fenómeno juvenil. Hubo, por el contrario, algunas que dispusieron de instituciones sólidas de encuadramiento de los jóvenes, pero en las que primaban las funciones socioeconómicas necesarias para la reproducción de la sociedad. La sublimación de valores como el honor, la solidaridad o el matrimonio precoz –este último principalmente entre las mujeres jóvenes– era un poderoso factor de integración social. Pero la juventud tal y como fue percibida a partir de la modernización hubiera supuesto un *despilfarro* irreparable para la supervivencia de la sociedad. En la Edad Media y Moderna, las universidades y los gremios tenían declaraciones simbólicas de madurez. Sin embargo, la educación sólo tuvo importancia para una minoría de hombres de clases altas; y aunque el paso de aprendiz a oficial daba a los jóvenes trabajadores cierta movilidad a escala local, esto no implicaba independencia ni posibilidad de movilidad social. La modernización introdujo también cierta autodeterminación de la juventud en relación con el acceso a una casa o a un mercado de consumo, la configuración de un estilo de vida propio o una elección matrimonial independiente de la riqueza o de las propiedades, al igual que supuso la creación de espacios para los jóvenes en los núcleos urbanos⁴.

Especialmente durante el Antiguo Régimen existieron grupos organizados por edad y, en algunos casos, con funciones similares a las de los futuros “movimientos juveniles” (por ejemplo, la manifestación de una cultura propia

de la juventud o la defensa de los valores de la comunidad), como muestran los grupos juveniles existentes en la Francia rural del siglo XVI, el papel organizado de los hombres jóvenes en *charivaris* y festivales populares; o, en el caso británico, el peculiar carácter de los aprendices de la gran metrópoli que era ya entonces Londres. Sin embargo, su amplitud –tanto cronológica como social– no tenía nada que ver con la que alcanzarían con la modernización, cuando los grupos juveniles adquirieron una mayor autonomía y responsabilidad, se ampliaron a mujeres jóvenes y adolescentes, y llegaron a pasar de transmisores de los valores preponderantes en la sociedad a heraldos de una clase u organización⁵.

El proceso de conformación de la juventud como grupo social definido se inició en Europa entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX⁶. Aunque algunos investigadores destacan la importancia del factor demográfico, fueron más importantes las consecuencias de los cambios producidos por la modernización económica, social y política, y el desarrollo del Estado moderno, que creó toda una serie de instituciones y reglamentaciones que si, por una parte, aumentaron el periodo de dependencia de los jóvenes por consideraciones de edad, por otra, les dieron un perfil característico y facilitaron tanto su organización como su actuación de forma independiente⁷. Olivier Galland considera que la juventud contemporánea es menos libre que la del Antiguo Régimen, pero con el advenimiento del pluralismo de pensamientos y valores, como dice Michael Mitterauer, la adolescencia ha pasado a ser un momento de toma de importantes decisiones personales en todos los aspectos, frente a las predeterminaciones por sexo y estatus social existentes en las sociedades tradicionales. En todo caso, esta pérdida de independencia fue mayor entre los adolescentes –el grupo comprendido entre los 14 y los 18 años–, que pasaron a estar cada vez más sujetos a controles familiares y de otras instituciones, que entre los jóvenes adultos, que retuvieron parte de su anterior autonomía. Con la modernización, el adolescente y el joven se hayan expuestos en un grado cada vez mayor a una multitud de influencias competitivas y opuestas a los modelos de socialización dentro de la familia y el grupo doméstico de la comunidad local tradicional que eran básicamente uniformes y que daban lugar a una serie relativamente rígida de actitudes, normas,

ideas y hasta expectativas. La especialización, diferenciación y organización de las instituciones responsables de la socialización de los adolescentes provocaron –y provocan– enfrentamientos entre sistemas de valores cada vez más complicados y abiertos; y la creciente movilidad profesional y regional dio a los jóvenes más oportunidades para vivir conforme a sus deseos⁸.

Entre los factores que favorecieron el desarrollo de la juventud como un grupo de edad claramente definido destacan la regulación del acceso al mercado laboral y de las condiciones de trabajo de niños y adolescentes; el establecimiento de un periodo de educación obligatoria que se fue ampliando con el paso del tiempo y que se hizo cada vez más importante para asegurar el acceso al trabajo y el mantenimiento del estatus social; la creación de “ejércitos nacionales” a través del servicio militar obligatorio; o la regulación del derecho de voto. Estos procesos separaron a los jóvenes de la economía tradicional y familiar y de su dependencia de las leyes de herencia, a la vez que distinguieron – a través de la edad– a los niños de los adultos capacitados para trabajar o para realizar una elección política consciente⁹. Aunque algunas de estas instituciones – como el ejército o la escuela– no eran nuevas, sí lo era su extensión a todos los estratos sociales. Por tanto, muchas de las “marcas” que fijan las fronteras contemporáneas entre niños, jóvenes y adultos no existían o estaban organizadas de forma diferente antes de lo que llamamos modernidad.

Sin embargo, el proceso de modernización tuvo diferente ritmo y cronología en los distintos países, lo que también se reflejó en la problemática juvenil. Por ejemplo, la primera ley restringiendo el trabajo infantil se aprobó en Gran Bretaña en 1833: prohibía el empleo de niños menores de nueve años y limitaba el trabajo de quienes tenían entre 9 y 13 años a nueve horas por día, seis días por semana. En 1839 se promulgó en Prusia una ley que prohibía trabajar a los menores de 9 años; en 1853 la prohibición se elevó hasta los 12 años y la jornada laboral se limitó a seis horas hasta los 14 años. En 1871, esta ley se extendió a todo el Imperio Alemán, y en 1891 se prohibió trabajar hasta los 14 años y se limitó la jornada a 10 horas al día para quienes tenían entre 14 y 16 años. En Francia, la ley sobre el trabajo infantil de 1841 estableció la edad mínima para entrar al trabajo en los 8 años y prohibió que se contrataran menores de 13 años en trabajos

nocturnos. La jornada laboral sería de 8 horas para los menores de 12 años, y de 12 horas hasta los 16 años. Ya en 1874 se prohibió trabajar a los menores de 12 años, salvo excepciones en que se permitía empezar a trabajar a partir de los 10 años, pero el trabajo de los menores de 12 se limitó a seis horas por día y se prohibió el trabajo nocturno hasta los 16 años. En España, sin embargo, hasta 1900 no se aprobó una ley que prohibía el trabajo de niños menores de 10 años y que limitaba la jornada de trabajo a seis horas en la industria y ocho en el comercio para aquellos entre 10 y 14 años; y, en Italia, en 1902 se promulgó una ley que establecía la edad para entrar a trabajar en los 12 años, frente a los nueve anteriores, con una jornada de 11 horas diarias¹⁰.

La educación primaria obligatoria se estableció en Suecia en 1842, y en Gran Bretaña, en 1870. En Francia las leyes de Jules Ferry entre 1881 y 1882 hicieron la enseñanza primaria gratuita, laica y obligatoria entre los 6 y los 13 años: aunque las leyes anteriores (como la ley Guizot de 1833 o la Ley Falloux de 1850) obligaban a los municipios (a partir de un determinado número de habitantes) a mantener colegios y a que estos aceptaran gratis a los hijos de las familias más pobres, no establecían la gratuidad de la enseñanza ni permitían, por tanto, la obligatoriedad, y uno de los debates principales en ellas –continuado en todas las leyes educativas francesas del siglo XIX– era el derecho de las confesiones religiosas a mantener sus propias instituciones educativas y la posibilidad de educación moral y religiosa en las escuelas del Estado¹¹. Más lenta fue aún la extensión de la educación secundaria, que sólo creció considerablemente después de la Primera Guerra Mundial, aunque todavía fuera escasa la proporción de jóvenes que tenía acceso a ésta¹².

Por otra parte, los jóvenes no han formado nunca un todo homogéneo sino que, han reflejado las divisiones económicas, sociales, políticas y culturales existentes en la sociedad¹³. La ampliación de la edad de dependencia fue un proceso que tuvo distinto ritmo en las diferentes clases sociales. Se inició entre las clases altas y medias y la idea de adolescencia no se aplicaba por igual a las mujeres y a los jóvenes de clase obrera. Por el contrario, algunos investigadores consideran que la juventud fue “impuesta” a la clase obrera, en primer lugar a través de los reformistas y las instituciones filantrópicas de la clase media que, con sus ideales de aislamiento, separación sexual e inocencia, estaban

preocupados por la precocidad “antinatural” de los jóvenes de origen obrero, que consideraban un síntoma de delincuencia, lo que dio lugar a un intento deliberado de formar trabajadores “respetables y conformistas”. Así, se ha destacado que el conocimiento popular del concepto de adolescencia en Gran Bretaña antes de 1914 tenía menos que ver con las escuelas privadas elitistas y con las relaciones de edad de la clase media británica, que con la crítica social a los jóvenes de la clase obrera, el debate sobre el trabajo de los niños y el movimiento a favor de su educación, que confirmó la percepción de la juventud como un problema, una etapa que requería disciplina, supervisión y educación. La extensión del periodo de dependencia tropezó, a menudo, con la oposición de las mismas familias obreras, que necesitaban los ingresos extra que proporcionaban los niños y los jóvenes, lo que llevó a muchos de éstos a abandonar sus estudios. Como muestra Stephen Humphries en el caso británico, los jóvenes continuaron trabajando antes y después del horario escolar y se produjeron muchos movimientos de resistencia a las reformas educativas, que incluyó el hacer novillos, pero también las huelgas escolares¹⁴.

La industrialización, especialmente la llamada segunda revolución industrial, provocó grandes cambios en la formación y la vida laboral de los jóvenes. Aunque los sistemas de aprendizaje que regulaban la posición de los jóvenes en la Europa preindustrial no se disolvieron en el aire con el desarrollo del capitalismo, sufrieron una compleja transformación: el camino para trabajos más cualificados y mejor pagados empezó a depender de la extensión de la educación o la cualificación profesional, que requería un gasto adicional de dinero ya que, además, se redujeron las oportunidades de formación en los lugares de trabajo. Pero, a la vez, aumentó la demanda de trabajadores no cualificados en un gran número de sectores económicos, especialmente en el de los servicios. Así, en muchos casos, el crecimiento del número de aprendices tenía más que ver con la explotación de una mano de obra barata que con las posibilidades formativas, lo que explica que los primeros movimientos de protesta de los jóvenes obreros empezaran precisamente entre los aprendices¹⁵.

Las consecuencias de la industrialización, como la concentración de la población en las ciudades debido a la emigración -principalmente de jóvenes- desde el mundo rural, o la regulación

del trabajo por tiempo y salario, hicieron que la gente joven pasase a ser un grupo definido y con mayor independencia en primer lugar en las ciudades. Ya en las primeras etapas de la industrialización muchos de estos jóvenes estaban disfrutando de hecho de un considerable grado de independencia económica y social. La preocupación de los adultos por estos hechos, especialmente entre las clases medias y altas, parecía ligarse con una preocupación general por el emergente sistema industrial y la potencial amenaza para el *statu quo* que representaba el proletariado urbano. Así, en muchas partes de Europa la juventud surgió como un fenómeno urbano y la experiencia que vivían los jóvenes por consideraciones de edad en el mundo rural era totalmente distinta a la de sus equivalentes urbanos: las formas tradicionales duraron más tiempo, al igual que los grupos juveniles tradicionales de carácter parroquial y en los que la Iglesia desempeñaba un papel importante¹⁶.

Esta concentración en las ciudades y el aumento del tiempo libre, especialmente a partir de los años finales del siglo XIX, introdujeron también importantes cambios culturales, con el desarrollo de las actividades de ocio, que se hicieron cada vez más organizadas y comercializadas: salones de baile, bares y, posteriormente, salas de cine y eventos deportivos, pero también acampadas y otras actividades al aire libre. Sin embargo, el acceso a estas nuevas formas de ocio estuvo al principio limitado a las clases medias y altas y a los sectores más favorecidos de la clase obrera. Los hijos de las capas más bajas de la sociedad trabajaban más horas y tenían menos dinero para gastar. Esta diferenciación se mantuvo durante bastante tiempo, y seguía existiendo en el periodo de entreguerras, cuando la oferta de ocio creció y se dirigió principalmente hacia los jóvenes. Así, la formación de grupos de jóvenes obreros en la calle para conversar, beber, jugar al fútbol o a las cartas fueron fuente de fricciones con la policía y de cargos ante la justicia por “obstrucción”¹⁷.

A las diferencias económicas, sociales y geográficas hay que añadir las de género y, en muchos países, las de raza/etnia. En cuanto a las diferencias de género, hay que destacar que hasta finales del siglo XIX los conceptos relacionados con los grupos de edad eran distintos según los sexos, y los cambios producidos en las condiciones laborales de los jóvenes por la transición al trabajo remunerado afectaron de diferente forma a hombres y

mujeres, por no hablar de las disparidades en el acceso a la educación y el largo periodo en que el llamado “sufragio universal” fue solamente masculino. La segregación por sexos en la escuela se mantuvo durante muchas décadas y fue especialmente duradera en los países latinos. Esto hacía la situación de la mujer joven muy distinta de la de los hombres, como han mostrado principalmente los estudios de historia de las mujeres, y las *ansiedades sociales* que provocaba su creciente independencia, aún mayores¹⁸.

A lo largo del siglo XIX se fue afirmando también la idea de que la situación de los jóvenes trabajadores en las ciudades podía potenciar la delincuencia juvenil, o, al menos, la indisciplina. Especialmente tras la experiencia de la Comuna de París de 1870, se tomó conciencia del papel que podían tener los jóvenes, concentrados en grandes ciudades, con tiempo libre y que no necesariamente tenía trabajos fijos, pero que podían alcanzar cierto grado de independencia financiera, en el desarrollo de acciones de protesta o en el apoyo a diferentes movimientos políticos¹⁹. Pero se empezó a desarrollar la idea de que los jóvenes podían –y debían- ser “tratados y curados”, más que castigados, y se crearon sistemas judiciales especiales para los jóvenes delincuentes. En Alemania, ya desde 1876 había juzgados separados para los adolescentes, y la Ley de Tribunales Juveniles de la República de Weimar aumento de 12 a 14 años la edad mínima de responsabilidad criminal y no se juzgaba como adultos a los menores de 18 años; en Gran Bretaña, en las primeras décadas del siglo XX, se establecieron organizaciones especiales para los delincuentes que tenían entre 16 y 21 años, separados por géneros. Entre 1880 y 1918 se desarrolló en España un movimiento de reforma penitenciaria, potenciado por las clases medias, que fijó su primer objetivo en la formulación de un sistema correccional para la juventud, desarrollando el cuerpo teórico que dio lugar en la última fecha citada a la creación de los tribunales para niños. Sin embargo, lo que los gobiernos, la prensa y los trabajadores sociales veían como evidencia de la “depravación” de las clases bajas era una tradición autónoma de éstas que se puede remontar a la segunda mitad del siglo XIX, y que no tenía porqué llevar necesariamente a actividades criminales, pero tampoco a posiciones “revolucionarias”²⁰.

Por ejemplo, en el tránsito del siglo XIX al XX en Gran Bretaña la preocupación adulta por la

juventud obrera giraba en torno al problema del *hooliganismo*, término que apareció en este periodo y que cubría una amplia variedad de actividades, desde la delincuencia juvenil a las subculturas juveniles –ya bien establecidas en la vida urbana británica- pasando por la tradicional falta de respeto de los jóvenes. En el periodo de entreguerras hubo un amplio elenco de acusaciones contra la juventud británica frente a lo que se vio como una “ola” de crimen juvenil, de la que se culpaba a la relajación de la vida familiar, al sistema escolar, la decadencia de la vida religiosa o a las formas de ocio, aunque las investigaciones actuales concluyen que este “crecimiento” de la delincuencia juvenil fue de modestas proporciones. En España, los “pánicos morales” de la burguesía barcelonesa, por ejemplo, guardaban mucha relación con el incremento del número de jóvenes obreros, acostumbrados a relacionarse en las calles - lo que no hacían los jóvenes de la clase media-, y que eran considerados adolescentes “agresivos” e “insolentes”: según ciertos prejuicios, “en la calle sólo juegan los golfos”²¹.

Con el fin de crear una “juventud respetable” se formaron organizaciones juveniles patrocinadas por los adultos en distintos países de Europa. Entre las primeras instituciones en crear organizaciones juveniles se encontraron las diferentes confesiones religiosas, especialmente la Iglesia católica, cuyos patronatos juveniles y obras educativas-catequizadoras tienen una larga historia en países como Francia o España. En nuestro país surgieron en el sexenio liberal democrático (1868-1874) y en 1870, al crearse la Asociación Católica en España, se formó una “Juventud Católica”, aunque no se desarrollaría de forma importante hasta el periodo de entreguerras. Pero el exitoso modelo de la Juventud Obrera Cristiana (JOC) belga no cobró importancia en España hasta los años cincuenta y sesenta del siglo XX: se cifra en 2.000 el número de *jocistas* en 1933²². En cambio, en Francia, a partir de la Asociación Católica de la Juventud Francesa –formada en 1886- e, influenciados por la JOC belga, surgieron en la segunda mitad de los años 20, la Juventud Obrera, la Juventud Agrícola, la Juventud Estudiante y la Juventud Independiente, seguidas por sus equivalentes organizaciones femeninas. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial casi el 15% de los jóvenes franceses estaban afiliados a movimientos católicos²³.

La *Boy's Brigade*, la más antigua organización voluntaria uniformada británica, fundada en 1883, agrupaba a chicos de entre 12 y 18 años e

incluía entre sus funciones educarlos en hábitos como la obediencia y la disciplina, desde una óptica cristiana. En 1902, se creó su equivalente femenino, la *Guirls' Life Brigade*, que agrupaba a las chicas de entre 6 y 18 años. En 1908, el general Robert Baden-Powell fundó los Boy Scouts británicos— que integraban a chicos desde los 8 a los 23 años, divididos por grupos de edad, y en 1910 se fundaron las *Guirl Guides*, que agrupaban a chicas desde los 7 a los 21 años. Estas organizaciones inculcaban valores y actitudes conformistas y conservadores en materia de religión, moral y política, y defendían y educaban a las chicas para desarrollar las funciones sociales tradicionales de la mujer. La *Guirls' Life Brigade* hablaba de la necesidad de abstenerse de las bebidas alcohólicas y de la obligación de ser pura en pensamiento palabra y obra; y, en 1938, las *Guirl Guides* tenían entre sus objetivos desarrollar “hábitos de observancia de la ley, obediencia y autosuficiencia” y hacer a las chicas “capaces de mantener buenas casas y de educar buenos hijos”²⁴.

Las organizaciones scouts pronto tuvieron más éxito que la *Boy's Brigade*²⁵, y se extendieron por todo el continente europeo, aunque no alcanzaron en éstos la importancia que en Gran Bretaña, especialmente limitados en los países católicos por el recelo generado por un movimiento de origen protestante, como muestra el caso francés, donde se crearon tres organizaciones de scouts: una *neutra*, otra protestante, y una tercera católica²⁶. Tampoco la versión alemana de los *Boy Scouts*, -los *Deutscher Pfadfinderbund*-, formada en 1911, tuvo tanto éxito como sus homólogos británicos: la organización más influyente en Alemania - no tanto por número como por servir como modelo para los adolescentes-, fue el *Wandervögel*: literalmente “pájaros migratorios”, era una red de grupos excursionistas surgida en 1901 y formada por jóvenes (hombres) estudiantes de secundaria de clase media. Pero “la retórica del conflicto generacional no debe oscurecer el grado en que el *Wandervögel* estaba patrocinado por los adultos y dirigido por ellos desde el principio”. Aunque tanto las diferentes organizaciones scouts como el *Wandervögel* se definieran como no clasistas, tenían poco que ofrecer a los hijos de las capas más bajas de la población: por una parte, por las diferentes tradiciones culturales de los medios de que procedían (por ejemplo, la segregación por géneros no era común en los grupos juveniles de los barrios populares); pero también por las distintas posibilidades de acceso a la educación

todavía existentes y por el diferente nivel económico: los hijos de los sectores más pobres de la población normalmente trabajaban y tenían menos tiempo y dinero para dedicar a este tipo de ocio. Por esto, estas organizaciones atrajeron sobre todo, además de a las clases medias, a los trabajadores cualificados, que estaban dispuestos a *ajustar* a sus hijos a los modelos de adolescencia de la clase media para que ascendieran en la escala social²⁷.

El proceso de modernización y la conformación de la juventud como grupo de edad definido permitieron el desarrollo de movimientos juveniles independientes. Estos movimientos, debido precisamente al carácter desigual de dicho proceso, surgieron primero en el ámbito de la enseñanza superior: las organizaciones estudiantiles universitarias se empezaron a formar en Europa tras las guerras napoleónicas, y en muchos casos, como sucedió en España, estas asociaciones de estudiantes estuvieron en el origen de la movilización política juvenil²⁸. Las primeras organizaciones juveniles obreras surgieron, en gran parte, por el agrupamiento de los propios jóvenes por sus derechos, no por la decisión de sus respectivas organizaciones de adultos. Por ejemplo, en Francia, se formaron grupos independientes de jóvenes obreros, como el grupo de estudiantes colectivistas de París, fundado en 1893, que posteriormente se integraría en la *Section Française de l'Internationale Ouvrière* (SFIO), el partido socialista francés. Como dice Michael Mitterauer, hasta el surgimiento de las organizaciones autónomas de los jóvenes trabajadores, el movimiento obrero no había tomado muy en cuenta las cuestiones que eran importantes para la gente joven. Pero pronto buscaría —y conseguiría durante cierto tiempo—, como he analizado en otro sitio, acabar con esta autonomía juvenil²⁹.

Pero hay que ser cauteloso al aplicar el calificativo “juvenil” a un movimiento social: existieron algunos, como la “Joven Italia”, la “Joven Alemania” o los “Jóvenes Turcos” que hacían referencia más a la idea de una nueva nación que al hecho de que la gente joven fuera la que estuviera construyéndola; los movimientos democráticos radicales del siglo XIX fueron dirigidos por jóvenes, pero no eran movimientos juveniles propiamente dichos, y, como muestra el estudio de los existentes en Checoslovaquia en el siglo XIX, no se vieron a sí mismos como representantes de un movimiento juvenil aunque fueran apoyados y liderados por jóvenes. Es significativo, también,

que el término “joven”, generalmente, se lo aplicaran sus oponentes como descalificativo, indicando inmadurez y falta de responsabilidad³⁰.

La compleja –y a veces conflictiva– relación entre las organizaciones juveniles y las organizaciones de adultos ha hecho que se distinga entre los movimientos juveniles creados, organizados y dirigidos por los adultos y las organizaciones para gente joven creadas, organizadas y dirigidas por los mismos jóvenes, lo que ha llevado a algunos autores a parafrasear a Karl Marx y hablar de “juventud en sí” y “juventud para sí”. Sin embargo, como he analizado en relación con la Federación de Juventudes Socialistas de España, la situación de una misma organización juvenil con relación a sus referentes adultos puede variar a lo largo del tiempo en función de las diferentes circunstancias económicas, sociales, políticas y culturales, de cómo afectan éstas a los jóvenes y de la implantación y el carácter de cada organización³¹.

La primera gran oleada de movilización juvenil se produjo en Europa en el periodo de entreguerras. Aunque las reacciones fueran distintas en función de las diferencias nacionales, de clase, y personales, las vidas de muchos europeos quedaron inevitablemente unidas por los problemas que surgieron como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, que tuvo un especial impacto en los jóvenes. La guerra bloqueó, debilitó o cambió radicalmente las principales instituciones sociales en que se llevaba a cabo su socialización: por ejemplo, las familias se desintegraron, muchos niños y jóvenes se quedaron huérfanos y asumieron responsabilidades que antes no tenían, al igual que los jóvenes cuyos padres estaban en el frente; las llamadas a filas de los hombres hizo que muchas mujeres y chicas jóvenes asumieran mayores funciones en la familia y trabajos hasta entonces “masculinos”; los restos de las sociedades tradicionales prácticamente desaparecieron en las zonas rurales, ... La guerra supuso un aumento de la autonomía de los jóvenes para la que en muchos aspectos no hubo vuelta atrás³². Tras la Gran Guerra se hizo patente también un creciente interés de los grupos políticos por la juventud y la programación sistemática de actuaciones dirigidas a captar a los sectores juveniles de la población: tras la devastación producida por la guerra en casi todos los países beligerantes, se esperaba que la juventud fuera la fuerza dirigente de un futuro *renacimiento*: los jóvenes

empezaron a ser vistos no sólo como la gente con problemas necesitada de ayuda o protección, sino también como “la fuerza para la renovación y la regeneración” –la que debía iniciar “el proceso de curación y renacimiento físico, mental y ético”, como decía la Ley de Bienestar de la Juventud de la República de Weimar de 1922. Aunque ya había habido llamamientos políticos a la juventud con anterioridad, las publicaciones y discursos dirigidos a los jóvenes se multiplicaron durante el periodo analizado y fueron realizados prácticamente desde todo el espectro político³³.

Pero la guerra - que se había vendido como una gran cruzada por la civilización, Dios y la patria y que acabó convirtiéndose en el mayor ejemplo conocido hasta entonces de barbarie- llevó a muchos jóvenes a buscar nuevos caminos y soluciones, y a abandonar los valores sociales tradicionales, mantenidos por los adultos que habían “fracasado” y les habían “fallado”, como parecía haber demostrado la Primera Guerra Mundial y como parecían confirmar la evolución política del periodo y la crisis económica de 1929, que afectó de forma importante a los jóvenes, no sólo porque el desempleo fue importante entre ellos, sino porque las respuestas a éste y a la crisis económica les afectaron de forma directa: por ejemplo, las familias retiraron a sus hijos de los centros de enseñanza y los gobiernos recortaron sus presupuestos educativos³⁴. Y así, aunque los jóvenes no habían sido ajenos a la participación política, especialmente en la etapa previa a la primera conflagración mundial, esta participación alcanzó el carácter propio de la nueva sociedad de masas en el periodo de entreguerras: se produjo una politización cada vez mayor de los jóvenes, un crecimiento de las organizaciones juveniles y de su autonomía, y la juventud jugó un papel destacado, e incluso protagonista, en la conflictividad social y política del periodo y en el desarrollo de nuevos movimientos, como el comunismo, el fascismo o el nazismo³⁵.

Aunque algunas de las organizaciones juveniles que tuvieron más influencia en el periodo de entreguerras existían con anterioridad al conflicto bélico, alcanzaron en este momento su mayor desarrollo y, por ejemplo, en el caso de las organizaciones juveniles socialistas, sus mayores cotas de independencia. Como dice Radomir Luza, el movimiento juvenil socialista había tenido un escaso desarrollo antes de la guerra y ésta produjo “el casi completo

abandono de la socialdemocracia europea por parte del movimiento juvenil socialista”, que estuvo en el origen de la formación de la mayor parte de los partidos comunistas europeos. Tras su reconstrucción en 1923, la Internacional Juvenil Socialista (IJS) estaba formada por 28 organizaciones y alcanzó su cenit en número de militantes en 1932, aunque en número de organizaciones miembros siguió creciendo hasta 1938, cuando llegó a contar con 64³⁶. Fue también en el periodo de entreguerras cuando se sentaron las bases de las organizaciones estudiantiles internacionales, cuyos orígenes se remontan a la Federación Mundial de Estudiantes Cristianos, formada a mediados del siglo XIX y que en 1908 empezó a publicar un periódico titulado *Student World*. En 1919 se formó la Confederación Internacional de Estudiantes, que se expandió hasta incluir no sólo a los países europeos sino también a algunos latinoamericanos, como México y Brasil. Centrada en cuestiones específicamente estudiantiles, en 1937 representaba a 42 uniones nacionales y era reconocida por la Sociedad de Naciones como la organización internacional estudiantil “oficial”. El desarrollo de las organizaciones juveniles en el periodo de entreguerras –tanto en Europa como fuera de ella- fue también el que permitió que se celebraran dos Congresos Mundiales de la Juventud, el primero en Ginebra en 1936 y el segundo en Nueva York en 1938, patrocinados por la Federación Internacional de Asociaciones pro Sociedad de Naciones³⁷.

Esta organización y movilización juvenil cada vez mayor –claramente percibida por los contemporáneos-, hizo que se desarrollaran estudios académicos sobre la juventud y su “problemática” desde principios del siglo XX y, especialmente, en el periodo de entreguerras³⁸. Así, no es extraño que las primeras teorías que intentaban explicar la adolescencia y/o la juventud también surgieran en el primer tercio del siglo XX y, especialmente, durante el periodo de entreguerras y al análisis de las aproximaciones teóricas a la problemática juvenil es a lo que se dedica el siguiente apartado.

2. LOS INTENTOS DE EXPLICACIÓN

Aunque *clásicos* como John Locke o Jean-Jacques Rousseau iniciaron la definición moderna de la adolescencia y la juventud, e incluso algunos autores consideran la obra *Émile* de este último, publicada en 1762, como la

“responsable” de la definición clásica del carácter especial e independiente de la adolescencia y un primer inventario de sus características “modernas”³⁹, el concepto de adolescencia surgió en el ámbito académico con el libro de G. Stanley Hall, *Adolescence: its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education* (1904). Éste partía de las características físicas y psicológicas de la pubertad para desarrollar una noción biológica de juventud que asociaba la adolescencia –comprendida entre los 14 y los 24 años aproximadamente-, con un periodo de tensión y desorden emocional, de confusión interna e incertidumbre (el *sturm und drang* de los románticos), que en la mayoría de los casos llevaba a desequilibrios emocionales que podían provocar desórdenes, desviaciones y neurosis y que comúnmente se expresaban en conductas egoístas, crueles o criminales⁴⁰. Las obras de Sigmund Freud y sus seguidores reforzaron este modelo e impulsaron la definición del periodo como innatamente difícil y problemático, además de universal, es decir, presente en todas las sociedades humanas⁴¹.

Ni las teorías marxistas ni las weberianas analizaron el papel de los jóvenes: ocupados con las estructuras macrosociales de clase y estatus, tendieron, en la práctica, a contribuir a una visión homogénea, estática o parcial de la juventud⁴². Sí es cierto que Lenin fue muy consciente del potencial que tenía la juventud como fuerza social y que la organización de la juventud y la elaboración de un programa específicamente juvenil fue una característica importante de las organizaciones juveniles comunistas en los años veinte y treinta. Antonio Gramsci dio gran importancia a la juventud porque consideraba que su educación era fundamental en la reproducción de la hegemonía social, política y cultural. Planteó la posibilidad de que se produjeran conflictos generacionales favorecidos no por cuestiones psicológicas sino por el contexto histórico y social, pero estos conflictos sólo tendrían importancia social e histórica cuando se relacionaran con cuestiones de clase o nacionalidad⁴³.

Las primeras aproximaciones sociológicas al concepto de juventud se elaboraron en los años veinte del siglo XX. Margaret Mead inició su estudio sobre los jóvenes en Samoa como un intento deliberado de contradecir las teorías de la adolescencia de Hall: negó el carácter biológico de la adolescencia y la juventud y que

la primera fuera necesariamente un periodo de estrés y tensión, y defendió la preponderancia – quizá de una forma muy determinista- de los factores culturales. Frederick Trasher, por su parte, analizó 1313 bandas del Chicago de su época, superando las connotaciones psicológicas y patológicas predominantes en la criminología del momento: asoció la delincuencia con la desintegración social urbana y subrayó los elementos de solidaridad interna, vinculación a un territorio y creación de una tradición cultural distintiva presentes en las bandas juveniles⁴⁴.

También fue en el periodo de entreguerras cuando se desarrollaron las principales teorías generacionales en que se siguen basando en gran medida los estudios actuales que parten del concepto de generación: la del español José Ortega y Gasset y la del húngaro Karl Mannheim. Ambos destacaron la adolescencia y los primeros años de la vida adulta como claves en la afirmación de la mayoría de los criterios personales y en la adquisición de una identidad propia por parte de las generaciones, definidas como “un grupo de personas que siendo contemporáneas y coetáneas presentan cierta relación de coexistencia, es decir, que tienen intereses comunes, inquietudes analógicas o *circunstancias* parecidas”: una generación se aglutinaría en la juventud aunque generalmente tendría vigencia en la vida adulta⁴⁵. Este centro en la juventud fue acompañado a menudo por una visión negativa de ésta: para Ortega, la juventud es “la etapa formidablemente egoísta de la vida”, y Pedro Laín Entralgo caracterizó las acciones juveniles por su inseguridad, radicalidad y confusión; aunque en otros casos, se ha destacado la capacidad de cambio y la flexibilidad de los jóvenes, debido a que no están todavía integrados en el *statu quo* o *atrapados* por los intereses creados en la estructura social⁴⁶.

Además, muchos de los que proponen la utilización de teorías basadas en las generaciones tienden a verlas como un todo homogéneo, o a diferenciar dentro de ellas, como hacía Ortega, a “los individuos selectos y los vulgares”, a la “minoría” de la “masa”, lo que convierte al concepto de generación, como plantea Annie Kriegel, en uno “fundamentalmente elitista” y que sólo se puede construir retrospectivamente, cuando un conjunto de referencias ha sido aceptado como un sistema de identificación colectiva y sus protagonistas elegidos para representar a sus contemporáneos⁴⁷. Frente a Ortega, Mannheim

distinguió dentro de las generaciones las llamadas “unidades generacionales”, definidas como “aquellos grupos, dentro de cada conexión generacional, que emplean siempre las vivencias que distinguen a las generaciones de un modo definido y diferente del de otro”, a la vez que negó que el factor generacional tuviera un carácter decisivo en la historia y que los movimientos generacionales fueran un fenómeno universal y constante. Frente a lo que diría Ortega posteriormente, Mannheim consideraba que estos movimientos sólo tenían un carácter “ocasional”, a la vez que destacaba la existencia, al mismo tiempo, de conflictos inter e intrageneracionales. Pero, como plantea Hood Williams, las unidades generacionales no lo son tanto en la medida en que se reconoce que hay sistemas de creencias compartidas que separan a las generaciones y unen a miembros de diferentes grupos de edad, lo que hace difícil encontrar un “nexo concreto” que configure una generación. Por otra parte, como muestran, por ejemplo, la ruptura ideológica de la “joven generación” que surgió con la Primera Guerra Mundial y los grandes contrastes políticos dentro de ésta durante la República de Weimar alemana, una influencia uniforme y general durante los años formativos no tiene por qué llevar al establecimiento de una “comunidad generacional”. Puede existir un contexto generacional uniforme en el sentido de un conjunto de problemas compartidos, pero no una unidad generacional cuyos miembros puedan ofrecer soluciones uniformes a esos problemas⁴⁸.

El recuerdo de la Gran Guerra, considerada uno de los orígenes de la “cuestión juvenil”, junto con la idea de que había una relación clara entre las posiciones de la juventud y la posibilidad de una consolidación democrática, hicieron que los estudios sobre los jóvenes continuaran durante la Segunda Guerra Mundial. Había una gran preocupación por la juventud alemana, probablemente por la mayor importancia del movimiento juvenil alemán y la mayor potencia –económica y política- de Alemania en comparación con otros países del Eje, dado que la socialización de los jóvenes en el nacionalsocialismo había sido –temporalmente- menos duradera que la del fascismo italiano⁴⁹. Esta percepción de la importancia de la “cuestión juvenil” también influyó en el desarrollo de nuevas políticas dirigidas hacia los jóvenes en los años que siguieron a la segunda conflagración mundial, como la ampliación del derecho de voto -que convirtió en ciudadanos con plenos derechos a gente cada vez más

joven-, o la extensión de la educación obligatoria hasta incluir la enseñanza secundaria.

Desde el funcionalismo parsoniano y las interpretaciones basadas en éste –dominantes en las ciencias sociales en las décadas centrales del siglo XX - se enfatizaron las funciones positivas de la juventud en la integración social, aún considerando la juventud como un periodo de “considerable tensión e inseguridad”: las culturas juveniles podían hacer más fácil la transición al mundo adulto, pero, a la vez, eran una muestra de las tensiones existentes en las relaciones entre los jóvenes y sus mayores. Aunque el mismo Talcott Parsons daba a entender que el modelo de que hablaba se centraba en las clases medias urbanas, fueron características que se vieron como un modelo para toda la juventud y demostración del surgimiento, tras la Segunda Guerra Mundial, de una “cultura juvenil” separada, que unía a todos los jóvenes en un modo de vida muy diferente – e incluso opuesto- al de los adultos. Para Eisensttat, en las sociedades modernas, los grupos de edad eran homogéneos y su función principal era favorecer la transición hacia la vida adulta, debido a la tensión existente en los jóvenes entre los valores particulares de la familia y los valores universales de la sociedad. Así, sólo se podían interpretar las culturas y las protestas juveniles de los años sesenta y setenta como resultado de situaciones de anomia, de falta de unas normas consistentes para dirigir la conducta, en suma, como una situación anormal. Se vieron los movimientos juveniles como síntomas de los problemas de la transición de la niñez a la edad adulta, lo que llevó a menudo a aproximaciones neofreudianas en las que el descontento juvenil se analizaba como generalización del resentimiento que la gente joven tenía hacia la autoridad ejercida por sus padres⁵⁰.

Estos planteamientos acababan así, en la práctica, convergiendo con las aproximaciones psicosociológicas de la adolescencia y la juventud, que partían de las ideas de Hall y de Freud, y que fueron popularizadas por Erik Erikson a partir de los años 50: una visión más relativizada y sociológica que veía la adolescencia, en las condiciones cambiantes de la sociedad contemporánea, como un periodo de “crisis de identidad” y “moratoria de rol”, que se caracterizaría “por la combinación de impulsividad y de disciplinada energía, de irracionalidad y de animosa capacidad”,

motivada por factores biológicos y psicológicos. Las “psicopatologías del adolescente”, que Erikson analizaba para casos concretos tendrían “síntomas sociales” e implicaciones políticas, ya que llevarían a los jóvenes como grupo a unirse a “pandillas y bandas aberrantes” y podrían ser utilizados por movimientos políticos y sociales. Pero no hay pruebas que demuestren que más que una pequeña minoría de jóvenes sufra las psicopatologías descritas por Erikson, ni evidencias de que las sufran más los jóvenes que otros grupos de edad.⁵¹

En estas interpretaciones, la movilización estudiantil se consideraba una fuerza ciega que impulsaba a odiar a los mayores, pero incluso aceptando las teorías freudianas y neofreudianas del complejo de Edipo, éstas presentan dicho complejo como universal, por lo que no valen para explicar porqué en un determinado momento histórico los jóvenes actúan y en otros no. Tampoco explicaban porqué los estudiantes de las familias más acomodadas estaban más dispuestos a actuar que los de clases más bajas y, además, la mayoría de los estudiantes que protestaban mantenían una buena relación con sus familias y sus valores solían coincidir con los de éstas⁵². Y es que el concepto de generación se utilizó en el siglo XX (y se sigue utilizando) en el análisis histórico, político y sociológico con distintos sentidos- relaciones de parentesco, cohorte o grupo de edad y etapa de la vida-, e incluso se ha hablado de generación histórica o política (un grupo de edad que ha estado sometido a experiencias históricas importantes y fundamentales en sus años de formación y se define a sí mismo como único); y distintos investigadores defienden limitar el concepto de generación a diferentes significados⁵³. Pero ya en los mismos años setenta la idea de un “conflicto generacional” no encajaba con las investigaciones empíricas: éstas, por el contrario, destacaban la importancia del estatus y de la posición social de la familia. La mayoría de los estudios realizados a los participantes en las protestas juveniles de los años sesenta en Estados Unidos demostraron un claro vínculo entre padres y activistas, mientras que, por otra parte, explicar la “alienación” y la movilización de los jóvenes de los años sesenta por el tópico de la tendencia de la juventud al radicalismo y al idealismo, al igual que sucedía con las explicaciones basadas en el complejo de Edipo, no explicaba la pasividad de los jóvenes en otros periodos, como los años cincuenta⁵⁴.

Las primeras formulaciones críticas de estas visiones enfatizaban su carácter “clasista”, pero se ha destacado que la psicología de la adolescencia, al igual que el funcionalismo parsoniano, marcó una norma de conducta y apariencia juvenil universal, determinada biológica y psicológicamente, que no era sólo de clase media, si no también blanca, heterosexual y masculina. Los intentos de aplicar su modelo a la clase obrera o a las minorías étnicas llevaron a visiones patológicas de sus culturas en las que se extrapolaba a la juventud de su contexto social y cultural y se la reducía a un sustrato común esencialmente biológico y psicológico, lo que produjo numerosos anacronismos, ya que se ignoraban las importantes variaciones históricas y culturales en las formas de familia, educación, cultura u ocio que influyen en los jóvenes, y sólo se podía explicar la “marginación” de la juventud como una psicopatología, el producto de la anomia o del fracaso del proceso de socialización⁵⁵. Al mismo tiempo, la gran oleada de movimientos estudiantiles de los años sesenta del siglo XX coincidió con la crisis de ideologías revolucionarias como el marxismo, lo que llevó a algunos autores a plantear que la juventud era “una nueva clase” y a estudiar a la juventud como la *vanguardia* del cambio social. Pero, como dice Abrams, al estar los jóvenes afectados por otras diferenciaciones sociales, los llamamientos a la juventud por sí sola no suelen lograr una propuesta ampliamente aceptable, viable o alternativa al orden social existente⁵⁶.

En los años setenta y ochenta del siglo XX, ante el fracaso de todas estas aproximaciones para explicar la movilización juvenil, se introdujo una perspectiva de clase que destacó los valores compartidos con los adultos. Así, las teorías de la reproducción social y cultural pusieron el énfasis en la recreación de las estructuras de poder y las desigualdades sociales a través de los grupos de edad, como muestran las obras de Stuart Hall y Tony Jefferson; y Geoff Mungham y Geoffrey Pearson. Estas visiones tenían como objetivo hacer regresar al primer plano las estructuras sociales y las relaciones de clase en la investigación sobre los jóvenes occidentales, pero sin abandonar las diferencias que implicaban las relaciones de edad. Como dijeron Graham Murdock y Robin McCron, “no es una simple cuestión de sustituir clase por edad, sino de examinar las relaciones entre ambas y más particularmente, las formas en que la edad actúa como una mediación de la clase”, que se refleja en distribuciones específicas de oportunidades, ventajas y desventajas en el acceso de la gente

juven a sus experiencias específicas, como la educación, el trabajo o el ocio⁵⁷. Aunque la juventud tiene numerosas características en común, las divisiones sociales y geográficas provocan diferencias entre ellos y les ponen en muchos casos en estrecha conexión con la gente mayor. Pero los jóvenes experimentan situaciones similares a las de los adultos de una forma distinta y en un conjunto diferente de instituciones que las de sus padres; y cuando se enfrentan a estas situaciones en las mismas estructuras -por ejemplo, en el mercado laboral- lo hacen en puntos de su vida crucialmente diferentes⁵⁸.

Pero estas teorías también tienen limitaciones y se les ha criticado que se centran sólo en determinados grupos de jóvenes y no estudian a las mujeres o a los jóvenes *conformistas* de clase media; y se ha planteado que hay que tener en cuenta otras dimensiones de la estratificación social, como el género o la raza; y también la vida familiar, que juega, por ejemplo, un papel fundamental en la reproducción de las identidades de género. Se ha producido, por tanto, la introducción de más y más dimensiones sociales y culturales. En esta ampliación del campo de estudio ha jugado un papel importante la aproximación del curso de la vida, que integra las relaciones de los jóvenes en las diferentes esferas de la sociedad (familia, grupo de edad, mercado laboral,...) en una aproximación biográfica, en la que estas esferas son analizadas y entendidas en su conjunto. Sin embargo, aunque se valora positivamente esta perspectiva por integrar proceso y estructura, tiempo individual y tiempo histórico, sus mismos *defensores* reconocen que se corre el peligro de acabar analizando más a los individuos que a los grupos sociales⁵⁹.

Por tanto, la especificidad de la juventud es “una norma construida históricamente, desarrollada socialmente e interiorizada psicológicamente”. La juventud como fenómeno social depende, más que de la edad, de la posición de la persona en diferentes estructuras sociales, entre las que destacan la familia, la escuela, el trabajo y los grupos de edad, y de la acción de las instituciones estatales que con su legislación alteran la posición de los jóvenes en ellas. La existencia de la juventud como un grupo definido no es un fenómeno universal y, como todo grupo de edad, su desarrollo, forma, contenido, y duración son construcciones sociales y, por tanto, históricas, porque dependen del orden económico, social, cultural

y político de cada sociedad; es decir, de su localización histórica y del modo en que la “juventud” es construida en una sociedad. En 1800, por ejemplo, no había ninguna experiencia común entre la juventud de Europa y la de sus colonias, pero estas *fronteras* se fueron diluyendo progresivamente al avanzar la edad contemporánea, aunque incluso en una fecha tan reciente como 1997 se podía decir que “para una gran proporción de la población joven mundial la idea de juventud como un estadio universal de desarrollo era y sigue siendo un concepto inapropiado”⁶⁰. El marco para entender la juventud debe incluir, por tanto, la continuidad y el cambio, las relaciones dentro y entre los diferentes grupos de edad, y las divisiones sociales de clase, género, raza y/o etnia, en un proceso en el que los jóvenes se interrelacionan con muchas instituciones -como la escuela, la familia, la Iglesia o el Estado- de una forma común y específica, diferente a la de otros grupos de edad. La juventud deviene, así, un proceso de socialización⁶¹.

La organización social de las sociedades contemporáneas favorece las diferenciaciones entre los distintos grupos de edad, pero sólo en determinadas circunstancias históricas los jóvenes cobran importancia política, aunque no siempre los conflictos en los que participan tienen un carácter generacional. Hay que estudiar las coyunturas históricas en las que aparecen los grupos que se autodefinen como jóvenes, analizarlos en todos sus aspectos, incluyendo las representaciones que se asocian con ellos y las condiciones que posibilitan su formación, e investigar qué clase de relación de edad es relevante para la situación específica que se investiga. Las estrategias desarrolladas por los diferentes grupos de jóvenes dependen de la coyuntura histórica y están en una compleja relación con las de otros grupos de la misma edad y las de los adultos, con las instituciones y sus diversas formas de control, y con la cultura dominante⁶².

3. A MODO DE CONCLUSIÓN: HACIA UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA DE LOS JÓVENES

Ha sido, por tanto, desde los estudios empíricos – si no históricos, con una importante base histórica-, desde los que más se ha avanzado en el estudio del surgimiento y desarrollo de la juventud como grupo social. Pero a pesar de que las ciencias sociales han integrado la historia en sus análisis sobre los jóvenes, y que la

historiografía sobre la juventud y los movimientos juveniles ha alcanzado un gran desarrollo en todo el continente europeo, este no parece ser el caso de España, probablemente influido por el ya conocido «retraso» español por las décadas de *oscurantismo* de la dictadura franquista. Los análisis sobre la juventud, las políticas dirigidas hacia ella, sus formas de vida, sus organizaciones, o su participación en la conflictividad social y política en el periodo anterior a los años 60 del siglo XX son escasos y no han tenido, hasta ahora, una gran continuidad, y como pasa con otros temas históricos, también son escasos los estudios de investigadores españoles sobre la historia de la juventud y de su organización fuera de España y las traducciones de obras sobre este tema⁶³.

Tampoco parece que desde las otras ciencias sociales que estudian a la juventud⁶⁴ se conozca suficientemente su desarrollo histórico: cuando todavía se tiene que destacar en un, por lo demás, magnífico estudio sobre la violencia de los grupos juveniles actuales, que “la existencia de grupos juveniles que reclaman determinadas adscripciones ideológicas no hay que entenderlo en ningún caso como un fenómeno de una supuesta *patología social*” y se considera preocupante y novedosa “la utilización de esos grupos juveniles” por otras organizaciones “en su propio beneficio”, a pesar de los precedentes existentes en toda Europa, incluida España⁶⁵; se puede utilizar como ejemplo de movimiento juvenil “temprano” el movimiento estudiantil argentino de 1918 sin pensar en la impresionante movilización estudiantil que tanto influyó en la caída de la dictadura de Primo de Rivera⁶⁶; o se puede hablar de la existencia de bandas juveniles sólo después de la Segunda Guerra Mundial, con unos antecedentes en el caso norteamericano estudiado por Trasher en 1927, sin acordarse de las *cliques* berlinesas de la República de Weimar, de las bandas juveniles obreras de la Gran Bretaña de entreguerras o, por quedarnos más cerca, de las bandas de jóvenes obreros barcelonesas de los años veinte y treinta⁶⁷, sólo se puede concluir que es preciso ahondar en el estudio histórico de los jóvenes en España en un marco comparativo europeo e insistir en la necesaria relación entre las diferentes ciencias que se ocupan de lo social, en este caso, en cuanto a la temática juvenil⁶⁸.

NOTAS

¹ Véase, por ejemplo, Springhall, John, *Coming of age: adolescence in Britain, 1860-1960*. Dublín, Gill y Macmillan, 1986, 8-9; Garrido, Luis, “Notas sobre

adolescencia y sociología”. *De Juventud. Revista de Estudios e Investigaciones*, 4 (1981), 99-109, 101-104; Wallace, Claire y Kovatcheva, Sijka, *Youth in Society. The Construction and Deconstruction of Youth in East and Western Europe*. Basingstoke, MacMillan, 1998, 9 y 30; Win, Johanna y White, Robert, *Rethinking Youth*. Londres, Sage Publications, 1997, 9-12; Mitterauer, Michael, *A history of youth*. Oxford, Basil Blackwell, 1992 (or. *Socialgeschichte der Jugend*, 1986), 2 y 17; Rosenmayr, Leopold, “Conceptual and Theoretical Foundations”, en Rosenmayr, Leopold y Allerbeck, Klaus (eds.), “Youth and Society”. *Current Sociology. La sociologie contemporaine. The Journal of the International Sociological Association*, vol. 27, n.º. 2/3 (1979), 17-36, 18-19; Funes Rivas, María Jesús, “Ciclo vital y acción colectiva”. *Revista Internacional de Sociología*, 12 (septiembre-diciembre 1995), 29-54, 35; Solé I Serratos, Joan, “Qui són els joves”, en Ucelay Da Cal, Enric (dir.), *La joventut a Catalunya al segle XX. Materials per a una historia. I.*, Barcelona, Diputació, 1987, 38-55, 40; Davis, John, *Youth and the Condition of Britain. Images of Adolescent Conflict*, Londres y Atlantic Highlands (NJ), The Athlone Press, 1990, 224. Para algunos investigadores, la definición de juventud como “tiempo de espera” hacia el mundo adulto, que lleva a “la asunción de la responsabilidad productiva, conyugal, doméstica y parental” ha pasado ya a ser una “teoría clásica” que tiene poco que ver con la realidad actual (Bergua, José Ángel, “De-finición y de-finitación de la juventud. Una crítica de la teoría estándar”, *Política y Sociedad*, 32, 1999, 231-242, pp. 232 o 235; MONTAÑÉS SERRANO, Manuel, “De qué hablamos cuando hablamos de juventud”, *Papeles de la FIM*, Madrid, n.º. 12-13 (2000), 99-107, 101 y ss.).

² Véanse, por ejemplo, Heer, Friedrich, *Challenge of Youth*. Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1974, 7-8; Gendron, François, *The Gilded Youth of Thermidor*. Buffalo, Kingston, Londres, Montreal, McGill-Queen’s University Press, 1993, passim; Esler, Anthony, *Bombs, Beards and Barricades. 150 Years of Youth in Revolt*. New York, Stein and Day Publishers, 1971, 97 y ss. Como plantean J. Davies y P. Ariès, los esquemas sobre las edades del hombre tenían escasas consecuencias prácticas en el orden e institucionalización de la sociedad (Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 29 y 37; Ariès, Philippe, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, Taurus, 1987, 38-46).

³ Ariès, Philippe, *El niño y la vida familiar...*, op. cit., 41 y 46-47, la cita en p. 539. Los problemas de los usos en el pasado de los términos relacionados con la juventud en el inglés, en Springhall, John, *Coming of age...*, op. cit., 13-14.

⁴ Springhall, John, *Coming of age...*, op. cit., 15-22; Gillis, John Randall, *Youth and History. Tradition and Change in European Age Relations 1770-Present*. Nueva York-San Francisco-Londres, Academic Press, 1974, 3; Griffin, Christine,

Representations of Youth: the study of youth and adolescence in Britain and America. Cambridge, Polity Press, 1993, 12; Rosenmayr, Leopold, “Historico-comparative Sociology of Youth: The Case of Europe”, en Rosenmayr, Leopold y Allerbeck, Klaus (eds.), “Youth and Society”, op. cit., 46-58, 50-52; Smith, Steven R., “The London Apprentices as Seventeenth Century Adolescents”, *Past and Present*, n.º. 61 (noviembre de 1973), 149-161, 158-159; Wallace, Claire y Kovatcheva, Sijka, *Youth in Society...*, op. cit., 11 y 47. Mazouz, Mohammed, “Développement et destin de la jeunesse. Éléments pour une rediscussion du concept de jeunesse”, en “Jeunesse, développement, et changements sociaux. Année Internationale de la Jeunesse”, *Cahiers ORSTOM, série Sciences Humaines*, Vol. XXI, n.ºs. 2-3 (1985), 181-185, 182.

⁵ Davis, Natalie Zemon, “The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth Century France”, *Past and Present*, n.º. 50 (febrero 1971); 41-75; Bauberot, Arnaud, “Los movimientos juveniles en la Francia de entreguerras”, en Souto Kustrín, Sandra (Coord.), “Ser joven en la Europa de entreguerras. Política, cultura y movilización”, *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LVII, n.º. 225, enero-abril 2007, 21-42, esp. 22-24 y 41-42; Smith, Steven R., “The London Apprentices...”, op. cit., passim; Springhall, John, *Coming of age...*, op. cit., 17-18; Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 33-35. Todo el capítulo segundo de este libro (“The History of Pre-adulthood”, 25-40), es una muy buena síntesis de las posibilidades y limitaciones del uso del término juventud para referirse a la Edad Media y Moderna.

⁶ De los autores citados en este apartado, sólo Mitterauer, Michael, *A history of youth*, op. cit., 26-27, considera que el proceso de individualización de la juventud tuvo su origen a finales de la edad media y principios de la edad moderna. En el extremo opuesto, Paloczi-Horváth, George, *Youth up in Arms. A Political and Social World Survey, 1955-1970*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971, 41, plantea que antes de la Segunda Guerra Mundial la mayoría de los mayores de catorce y quince años no eran identificados como adolescentes o jóvenes en Europa o Norteamérica, lo que ha sido rechazado por las investigaciones históricas existentes.

⁷ Un ejemplo de sobrevaloración del factor demográfico en Moller, Herbert, “Youth as a force in the modern world”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 10, n.º. 3 (abril 1968), 237-260, passim. La crítica, en Gillis, John Randall, *Youth and History...*, op. cit., p. 42; o Keniston, Kenneth, “Las dos revoluciones de la juventud contemporánea”, *Revista de Occidente*, Madrid, n.º. 87 (1970), 265-289, 273. Una completa síntesis de los cambios producidos con la modernización en la situación de la juventud, en Leslie, W. Bruce, “<<Time, the subtle thief of youth>>: Historians and youth”, *Youth and Policy. The Journal of Critical Analysis*, n.º. 11 (invierno 1984/85), pp. 49-51. Véase también Gillis, John Randall, *Youth and History...*, op. cit., 65 y ss. y

95 y ss. Sobre la forma en que los cambios producidos con la modernización en la familia y en su carácter de unidad económica afectaron a los jóvenes véase el capítulo cinco de Mitterauer, Michael, *The European Family*, Oxford, Basil Blackwell, 1982 (Or: *Vom Patriarchat zur Partnerschaft: Zum Strukturwandel der Familie*, 1977), 93-119.

⁸ Galland, Olivier, *Sociologie de la jeunesse. L'entrée dans la vie*, París, Armand Colin, 1991, 32, cit. por Teles, Nair, "Une réflexion sur les théories de la jeunesse", en Gauthier, Madeleine y Guillaume, Jean-François (dir.), *Définir la jeunesse?: d'un bout à l'autre du monde. Textes présentés lors d'un colloque de l'Association internationale des sociologues de langue française tenu à Évora, Portugal*, Sainte-Foy (Québec), Les Éditions de l'IQRC, Les Presses de l'Université Laval, 1999, 45-54, 49; Mitterauer, Michael, *A history of youth*, op. cit., 30, y *The European Family*, op. cit., 115. La misma Natalie Z. Davis reconoce que las expectativas de los jóvenes en los grupos rurales que estudió no eran diferentes a las de los adultos y que no se estimulaba que exploraran identidades alternativas (Davis, Natalie Zemon, "The Reasons of Misrule...", op. cit., 55).

⁹ Wallace, Claire y Kovatcheva, Sijka, *Youth in Society...*, op. cit., 11-12 y 47 y ss; Kriegel, Annie, "Generational Differences: the History of an Idea", *Daedalus*, vol. 107, n.º 4 (otoño de 1978), 23-38, 25-27. Instituciones como la escuela y el ejército —el servicio militar obligatorio se introdujo en la mayoría de los países europeos tras la guerra franco-prusiana de 1870 (Luza, Radomir, *History of the International Socialist Youth Movement*. Leyden, A.W. Sijthoff, 1970, 16-17)- daban, además, a los jóvenes unos conocimientos que sus padres no tenían, desapareciendo la tradicional "superioridad" de los adultos en cuanto al "conocimiento del mundo": por el contrario, fueron los jóvenes los más capaces de adaptarse a los cambios producidos por la modernización. En algunos estudios se ha destacado la juventud como proceso de producción de ciudadanos, de actores sociales y políticos (Braungart, R.G. and Braungart, M.M., "Historical Generations and Citizenship: 200 years of Youth Movements". *Research in Political Sociology*, vol. 6 (1993), 139-174 y Morán, María Luz y Benedicto, Jorge, *Jóvenes y ciudadanos*. Madrid, Instituto de la Juventud, 2000, cit. por Barbeito, Roberto Luciano, "La familia y los procesos de socialización y reproducción sociopolíticas de la juventud", en Moreno Mínguez, Almudena (Coord.), "Emancipación y Familia", *Revista de Estudios de Juventud* n.º 58 (septiembre de 2002), 11, 6 (versión en PDF en www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos).

¹⁰ Bowen, James, *A History of Western Education. Vol. 3, The Modern West, Europe and the New World*, Londres, Methuen & Co. Ltd., 1981, 309; Mitterauer, Michael, *A history of youth*, op. cit., 70-71; Pierrard, Pierre, *Enfants et jeunes ouvriers en*

France (XIXe-XXe siècle). París, Les Éditions Ouvrières, 1987, 55-57 y 66-68; Martín Valverde, Antonio et al., *La legislación social en la Historia de España. De la revolución liberal a 1936*. Madrid, Congreso de los Diputados, 1987, 65-66; Degl'Innocenti, Maurizio, "Mercato del lavoro, occupazione giovanile e conflittualità sociale in Italia dalla fine dell'800 agli anni '70", en Dowe, Dieter (ed.), *Jugendprotest und Generationenkonflikt in Europa im 20. Jahrhundert. Deutschland, England, Frankreich und Italien im Vergleich (Vorträge eines internationalen Symposiums des Instituts für Sozialgeschichte Braunschweig . Bonn und der Friedrich-Ebert-Stiftung vom 17.-19. Juni 1985 in Braunschweig*, Bonn, Verlag Neue Gesellschaft, 1986, 83-109, 88.

¹¹ Fornäs, Johan and Bolin, Göran, *Youth culture in late modernity*. Londres, SAGE Publications, 1995, 25. En Gran Bretaña en 1893 la edad en que acababa la enseñanza obligatoria eran los 11 años; se elevó a los 12 en 1899; y hasta la Ley de Educación de 1918 no llegó a los 14 años (Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 42, 44 y 46). Crubellier, Maurice, *L'enfance et la jeunesse dans la société française, 1800-1950*. París, Armand Colin, 1979, 79 y ss., y 254 y ss. En España las primeras propuestas de enseñanza primaria obligatoria se hicieron en las Cortes de Cádiz, y fueron la base del Reglamento General de Instrucción Pública (1921) -primer intento de crear un sistema escolar estatal-, que tuvo escasa vigencia. Hasta 1857 no se aprobaría una Ley de Instrucción Pública (la ley Moyano), que establecía la gratuidad de la enseñanza primaria (Véase, Capitán Díaz, Alfonso, *Breve Historia de la Educación en España*. Madrid, Alianza, 2002, "La pedagogía española del siglo XIX", 233-298). Datos sobre la evolución de este proceso escolarizador en la primera mitad del siglo XIX en Guereña, Jean-Louis, "La Estadística Escolar", en Guereña, Jean-Louis, Ruiz Berrio, Julio y Tiana Ferrer, Alejandro, *Historia de la Educación en la España Contemporánea: diez años de investigación*. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1994, 51-76, 73.

¹² Por poner algunos ejemplos, en 1921 la proporción de jóvenes de entre 16 y 19 años que continuaba escolarizada en Alemania era del 1.82% y en 1937 había aumentado al 3.48%; entre los 20 y los 24 años el porcentaje de estudiantes era en 1900 de 0.89% y en 1930 de 1.96%. Los estudiantes de secundaria pasaron en Francia de 360.000 en 1925-1926 a 590.000 en 1935-1936; y en Gran Bretaña, de algo más de 187.000 en 1914, a 470.000 en 1938. (Mitterauer, M., *A history of youth*, op. cit., 77; Fournière, M. de la y Borella, F., *Le syndicalisme étudiant*. París, Éditions du Seuil, 1957, 19; y Stevenson, John, "Childhood, Youth and Education", en *Ibid.*, *British Society, 1914-1945*. Londres, Penguin, 1984, 243-265, 252).

¹³ Wallace, Claire y Kovatcheva, Sijka, *Youth in Society...*, op. cit., 34; Bourdieu, Pierre, «La «jeunesse» n'est qu'un mot», en Bourdieu, Pierre,

Questions de Sociologie. París, Les Editions de Minuit, 1980, 143-154, passim; Mazouz, Mohammed, “Développement et destin de la jeunesse...”, op. cit., 183.

¹⁴ Wallace, Claire y Kovatcheva, Sijka, *Youth in Society...*, op. cit., pp. 50 y ss.; Humphries, Stephen, *Hooligans or Rebels? An Oral History of Working-Class Childhood and Youth, 1889-1939*. Oxford, Basil Blackwell, 1981, 88 y ss.; Gillis, John Randall, *Youth and History ...*, op. cit., 75 y 125; Mitterauer, Michael, *A history of youth*, op. cit., 28; Pearson, Geoffrey, “Perpetual Novelty: A History of Generational Conflicts in Britain”, en Dowe, Dieter (ed.), *Jugendprotest und Generationenkonflikt in Europe...*, op. cit., 165-177, 173.

¹⁵ Gillis, John Randall, *Youth and History...*, op. cit., 61 y 122-123; Mitterauer, Michael, *A history of youth*, op. cit., 125 y ss.; Cohen, Phil, “Rethinking the Youth Question”, en ibid., *Rethinking the youth question: education, labour and cultural studies*. Houndmills-Basingstoke, Hampshire y Londres, Macmillan, 1997, 179-249, 215 y 220; Mitterauer, Michael, *The European Family*, op. cit., 107, 109 y 115. No es cierto, por tanto, que la segunda revolución industrial expulsara “a los jóvenes del mercado de trabajo”, como plantea Feixá, Carles, *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona, Ariel, 1999 (1ª ed., 1998), véase, por ejemplo, 17.

¹⁶ Win, Johanna y White, Robert, *Rethinking Youth*, op. cit., 47; Mitterauer, Michael, *A history of youth*, op. cit., 70-71, 154-155 y 183; Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 43-44; Gillis, John Randall, *Youth and History ...*, op. cit., 55; Wallace, Claire y Kovatcheva, Sijka, *Youth in Society...*, op. cit., 49. El carácter y la pervivencia de las formas tradicionales en la Francia rural se puede ver en Van Gennep, Arnold, *Le Folklore Français. Du Berceau à la tombe. Cycles de carnaval-carême et de pâques*. París, Robert Laffont, 1998, 184-197.

¹⁷ Sobre el desarrollo del ocio comercial en general se puede ver Corbin, Alain (ed.), *L'avenement des loisirs, 1850-1960*. París, Aubier, 1995; sobre la relación entre ocio y juventud, véase Gillis, John Randall, *Youth and History...*, op. cit., 129-130 y 137; Cohen, Phil, “Rethinking the Youth Question”, op. cit., 220; Davies, A., *Leisure, Gender and Poverty. Working Class Culture in Salford and Manchester, 1900-1939*. Buckingham (Filadelfia), Open University Press, 1992, 94-102; Jones, S. G., “State Intervention in Sport and Leisure in Britain between the Wars”. *Journal of Contemporary History*, vol. 22, n.º 1 (enero 1987), 163-182, 168; Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 44-45; Todd, Selina, “Juventud, género y clase en la Inglaterra de entreguerras”, en Souto Kustrín, Sandra (Coord.), “Ser joven en la Europa...”, op. cit., 127-147, 143-145. Aunque se suele considerar el mercado adolescente—al igual que las culturas juveniles— como un producto de los estados del bienestar creados después de la segunda guerra mundial no se puede negar que no sólo sus orígenes sino también los primeros modelos culturales y estilos juveniles están

en periodos anteriores, especialmente en el primer tercio del siglo XX. Véanse, entre otras obras, los diversos artículos sobre distintos países europeos entre el último cuarto del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX incluidos en Fincardi, Marco y Papa, Catia, “Movimenti e culture giovanili”, *Memoria e Ricerca*, n.º 25, mayo-agosto 2007.

¹⁸ Mitterauer, Michael, *A history of youth*, op. cit., 19, 87, 130 y 149; y Wallace, Claire y Kovatcheva, Sijka, *Youth in Society...*, op. cit., 34. En 1888 el *Oxford Times* se preguntaba “¿qué pensarían nuestras abuelas de las chicas de dieciséis o dieciocho años que recorren las ferias y mercados solas, vestidas con gorras de jockey (...) chaquetas y chalecos abiertos y fumando?” (cit. por Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 45).

¹⁹ Wallace, Claire y Kovatcheva, Sijka, *Youth in Society...*, op. cit., 13 y 53; Griffin, Christine, *Representations of youth*, op. cit., 13-14; Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 53. Los constantes “pánicos morales” de la clase media británica sobre los jóvenes se analizan en Pearson, Geoffrey, *Hooligan: A History of Respectable Fears*, Londres y Basingstoke, Macmillan, 1983.

²⁰ Harvey, Elizabeth, *Youth and the welfare state in Weimar Germany*, Nueva York y Oxford, Clarendon Press, Oxford University Press, 1993, 177 y ss. Humphries, Stephen, *Hooligans or Rebels? ...*, op. cit., 212; Nicolau, A., “Joventut marginal i control social”, en Ucelay Da Cal, Enric (dir.), *La joventut a Catalunya...*, op. cit., 236-261, 237. La organización de los tribunales para niños en España a partir de la ley de 1918 se puede ver en González Fernández, Montserrat, “Los tribunales para niños. Creación y desarrollo”. *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, n.º 18 (1999), 111-125. Kett, Joseph F., *Rites of Passage: Adolescence in America, 1790 to the present*. New York, Basic Books, 1977, 227, destaca el carácter autónomo de los jóvenes de las clases populares en el caso británico y el norteamericano.

²¹ Desde finales del siglo XIX el problema de la delincuencia juvenil se convirtió en un “tópico” común en la literatura académica y oficial, pero hay que tener en cuenta que las distintas leyes sobre la infancia y la juventud y las leyes de orden público habían aumentado las posibilidades de que los jóvenes se vieran frente a los tribunales y también las actividades consideradas delictivas. Pearson, Geoffrey, “Perpetual Novelty ...”, op. cit., 165-177, 168 y 171 y ss.; Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 44 y ss. y 71-73; Stevenson, John, “Childhood, Youth and Education”, op. cit., 372; Springhall, John, *Coming of age...*, op. cit., 180-189; Bayley, Victor, *Delinquency and Citizenship: Reclaiming the Young Offender, 1914-1948*. Oxford, Clarendon Press, 1987, 67 y ss. Carr-Saunders, Alexander Morris, Mannheim, Hermann y Rhodes, E.C., *Young Offenders. An Enquiry into Juvenile Delinquency*, Cambridge, Cambridge University Press, 1942, 1-42, recoge numerosos estudios realizados en el periodo de entreguerras

sobre la criminalidad juvenil. Ealham, Chris: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*. Madrid, Alianza, 2005, 47. Algunos estudios en castellano en el mismo periodo fueron los de Zarandíeta Mirabent, Enrique y Anguera de Sojo, Jorge, *De criminalidad Juvenil*. Madrid, Mundo Penal, 1917; Saldaña, Quintiliano, *La reforma de los jóvenes delincuentes en España*. Madrid, s.e. [Imprenta del Asilo de Huérfanos], 1925; Cuello Calón, Eugenio., *Criminalidad infantil y juvenil: sus causas. Régimen jurídico*. Barcelona, Clarasó, 1934. La situación en la Alemania de Weimar y los estudios sobre la delincuencia juvenil del periodo se analizan en Harvey, Elizabeth, *Youth and the welfare...*, op. cit., 158-165.

²² Cholvy, Gérard, "Patronages et oeuvres de jeunesse dans la France contemporaine". *Revue d'Histoire de l'Église de France*, vol. LXVIII, nº. 181, julio-diciembre 1982, 235-256; Fullana, Pere y Montero, Feliciano, "Los modelos educativos juveniles del movimiento católico en España". *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, nº. 22-23 (2003-2004), 33-51, 35 y 41; Sanz Fernández, Florentino, "La Juventud Obrera Cristiana: un movimiento educativo popular". *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, nº. 20 (2001), 95-115, 107.

²³ Crubellier, Maurice, *L'enfance et la jeunesse*, op. cit., 317-318; Association Catholique de la Jeunesse Française, *ACJF, Association Catholique de la Jeunesse Française, 1886-1956. Signification d'une crise. Analyse et Documents*. París, Éditions de l'Épi, 1964, su evolución hasta la Segunda Guerra Mundial en 11-36; Pierrard, Pierre, Launay, Michel, y Treppe, Rolande, *La J.O.C. Regards d'historiens*. París, Les Éditions ouvrières, 1984, esp. 25-90, sobre el periodo comprendido entre su fundación y el final de la Segunda Guerra Mundial. El porcentaje, en Chaline, Nadine-Josette, Demier, Francis y Le Beguec, Gilles, "Jeunesse et Mouvements de Jeunesse en France aux XIX^e et XX^e siècles. Influence sur l'évolution de la société française", en Colton, Joël et al., *La jeunesse et ses mouvements. Influence sur l'évolution des sociétés aux XIX^e et XX^e siècles*. París, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1992, 95-116, 103.

²⁴ Kett, Joseph F., *Rites of Passage*, op. cit., 243; Morgan, Arthur E., *The Needs of Youth: a Report Made to King George's Jubilee Trust Fund*. Londres, Nueva York, Toronto, Oxford University Press, 1939, 324-325.

²⁵ Cooke, Douglas, *Youth Organizations of Great Britain*. Londres, Jordan & Sons Ltd., 1962, 12-16; Springhall, John, Fraser, Brian y Hoare, Michael, *Sure & Steadfast. A History of the Boys' Brigade, 1883 to 1983*. Londres y Glasgow, Collins, 1983, 119-144; Rosenthal, Michael, *The Character Factory: Baden-Powell and the origins of the Boy Scouts Movement*. Nueva York, Pantheon Books, 1986; Springhall, John, "Baden-Powell and the Scout Movement before 1920: Citizen Training or Soldiers

of the Future?". *The English Historical Review*, vol. 102, nº. 405 (octubre de 1987), 934-942; Springhall, John O., "The Boy Scouts, Class and Militarism in Relation to British Youth Movements, 1908-1930". *International Review of Social History*, nº. 16, 1971 (part II), 125-158.

²⁶ Guerin, Christian, *L'utopie. Scouts de France. Histoire d'une identité collective catholique et sociale, 1920-1995*. París, Fayard, 1997; y Kergomad, Pierre y François, Pierre, *Les Éclaireurs de France. De 1911 à 1951*. Clancy, Éclaireuses et Éclaireurs de France, 1983. En 1923 se crearían los *Éclaireurs israelites de France*. En España, en 1912 surgieron en Cataluña los Exploradores Barceloneses, En 1914 se formó la Asociación de Exploradores de España, de ámbito nacional, por iniciativa de militares y exmilitares y con el placet del rey Alfonso XIII. Un decreto de febrero de 1920 la convirtió en la única organización escultista autorizada (Samper i Triedu, Genís, *La Joventut fa Catalunya. 1900-1985. Aproximació a la història de les associacions de Joves*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1987, 70 y 102-103; Sáez Marín, Juan, "Asociacionismo juvenil en España hasta 1936-39", *De Juventud*, nº 7 (1988), 37-57, 39-40. Fullana, Pere y Montero, Feliciano, "Los modelos educativos juveniles...", op. cit., 47-49).

²⁷ Gillis, John Randall, *Youth and History...*, op. cit., 149-155, y 169, la cita en p. 151; Stachura, Peter D., *The german youth movement 1900-1945: an interpretative and documentary history*. Londres, Macmillan, 1981, 13-37. La participación de chicas en el *Wandervögel* fue un tema de continuo debate.

²⁸ Humphries, Stephen, *Hooligans or Rebels? ...*, op. cit., 13-14; Wallace, Claire y Kovatcheva, Sijka, *Youth in Society...*, op. cit., 19-20; Rosenmayr, Leopold, "Historico-comparative Sociology of Youth...", op. cit., 52; González Calleja, Eduardo, "Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles (1865-1969)", en *ibid.* (coord.), "Juventud y política en la España contemporánea", *Ayer*, nº 59-3, 2005, 21-49. En general, los estudiantes universitarios han jugado un papel importante en el desarrollo de los movimientos juveniles, por condiciones estructurales como la concentración de jóvenes y la facilidad de difusión de ideas. Por su educación, además, están más preparados para entender sistemas ideológicos abstractos y pueden ser más receptivos a las ideologías entendidas en sentido amplio (Abrams, Philip, "Rites de Passage. The Conflict of Generations in industrial Society", en Laqueur, Walter y Mosse, George (eds.), "Generations in Conflict". *Journal of Contemporary History*, vol. 5, nº. 1 (1970), 175-190, 179; Opp, Karl-Dieter, *The rationality of Political Protest. A Comparative Analysis of Rational Choice theory*. Boulder, San Francisco y Londres, Westview Press, 1989, 181 y ss.).

²⁹ Chaline, Nadine-Josette, Demier, Francis y Le Beguec, Gilles, "Jeunesse et Mouvements de Jeunesse..." », op. cit., 101. La misma Federación de

Juventudes Socialistas de España no surgió por una decisión del PSOE, sino por la iniciativa de los jóvenes vascos frente a la «reticencia y recelo» de los líderes del partido, que no veían la necesidad de una organización juvenil independiente (González Quintana, Antonio, «La primera organización de jóvenes proletarios españoles: las Juventudes Socialistas de España o el fracaso de una alternativa juvenil de clase (1903-1921)». *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 5, n.º. 4 (1987), 21-46, esp. 26 y 40). Mitterauer, Michael, *A history of youth*, op. cit., 133; Souto Kustrín, Sandra, «La atracción de las Juventudes Socialistas por el PCE en el contexto europeo de los años treinta», en Bueno, Manuel, Hinojosa, José y García, Carmen (coords.), *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*. Madrid-Oviedo, FIM-Universidad de Oviedo-Principado de Asturias-Fundación Juan Muñoz Zapico, 2007, 2 vol., vol. 1, 113-127, esp. 117-120.

³⁰ Colton, Joël, «Définition de la Jeunesse et des Mouvements de Jeunesse. La Jeunesse et la paix» y Koralka, Jiri, «Spontaneity and Organization in Czech Youth Movements, 1848-1938/39», en Colton, Joël et al., *La jeunesse et ses mouvements...*, op. cit., 3-14, 4, y 217-229, 218, respectivamente

³¹ Colton, Joël, «Définition de la Jeunesse ...», op. cit., 7 y ss.; Braungart, Richard G., «Historical and Generational Patterns of Youth Movements: A Global Perspective». *Comparative Social Research*, vol. VII (1984), 3-62, 3-4. De «juventud en sí» y «juventud para sí» habla Abrams, Philip, «Rites de Passage...», op. cit., 186-187. Souto Kustrín, Sandra, «Entre el Parlamento y la calle: políticas gubernamentales y organizaciones juveniles en la Segunda República», en González Calleja, Eduardo (coord.), «Juventud y política en la España contemporánea». *Ayer*, n.º. 59-3 (2005), 97-122.

³² Rintala, Marvin, «A generation in Politics: A Definition». *The Review of Politics*, vol. 25, n.º. 4 (octubre 1963), 509-522, 518-521; Bianchi, Bruna y Fincardi, Marco, «Giovani e ordine sociale. Miti e ruoli, in Europa e in Italia, tra XIX e XX secolo». *Storia e problemi contemporanei*, n.º. 27 (2001), 7-33, 16-17. Ejemplos concretos de la influencia de la Guerra en los jóvenes de algunos países europeos en VVAA, «Youth and Youth cultures in Germany: the post-wars periods 1918ff. and 1945ff. compared», en Colton, Joël et al., *La jeunesse et ses mouvements...*, op. cit., 25-40, 28 y ss.; o Koralka, Jiri, «Spontaneity and Organization...», op. cit., 223.

³³ Las citas, en Murdock, Graham y McCron, Robin, «Consciousness of Class and Consciousness of Generation», en Hall, Stuart y Jefferson, Tony (eds.), *Resistance through Rituals. Youth subcultures in post-war Britain*. Londres, Hutchinson & Co. Publishers, 1976, 192-207, 194; y VVAA, «Youth and Youth cultures in Germany...», op. cit., 29. Llamamientos anteriores a la Gran Guerra son, por ejemplo, los de Kropotkin, Peter, *An appeal to the Young*. Londres, The Twentieth Century Press, Ltd., 1907 (or. 1884); y Jaurès, Jean, *Discours à la*

jeunesse. París, Editions de la Liberté, 1944 (or. 1903). Sobre el periodo comprendido entre las dos guerras mundiales, véase Souto Kustrín, Sandra, ««El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes»»: Juventud y movilización política en la Europa de entreguerras». *Mélanges de la Casa de Velásquez*, vol. 34-1, primavera 2004, 179-215, 192.

³⁴ Sobre la influencia de la crisis económica en los jóvenes se puede ver, por ejemplo, Alba, Víctor, *Historia Social de la Juventud*. Barcelona, Plaza y Janés, 1979, 177. Aunque las estadísticas existentes sobre el desempleo juvenil no sean muy fiables, sí nos dan una idea de su importancia: en el Reino Unido en 1931 el número de desempleados de entre 14 y 24 años era de 683.781 (441.853 hombres y 242.928 mujeres); 542.000 entre 18 y 24 años, de un total de 2.524.514; mientras que se consideraba que no menos de la mitad de los 6 millones de jóvenes de entre 15 y 24 años estaban desempleados en Francia en 1934 (*Youth in Britain today: a survey, in six parts: a programme for advance - "for peace and social justice"*. Londres, British Youth Peace Assembly, 1937, 18; Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 74; Halls, Wilfred Douglas, *The Youth of Vichy France*. Oxford, Clarendon Press, 1981, 132). Como decía en 1936 la *British Youth Peace Assembly*, órgano coordinador de cerca de cuarenta organizaciones juveniles británicas, «en todos los países, entre aquellos que eran demasiado jóvenes para luchar en la guerra [la primera] (...) existe hoy en día el sentimiento de que la generación mayor ha fracasado una vez más» («*The world we means to make*»: a report of the World Youth Congress held at Geneva, August 31st-september 6th 1936. Londres, British Youth Peace Assembly, 1936, 3).

³⁵ Por ejemplo, sobre la movilización juvenil francesa antes de la Gran Guerra, véase Cohen, Yolande, *Les jeunes, le socialisme et la guerre. Histoire des mouvements de jeunesse en France*. París, L'Harmattan, 167-216. Sobre el periodo de entreguerras, véase Dogliani, Patrizia, *Storia dei Giovani*. Milán, Brunox Mondadori Editore, 2003, 65 y ss.; y los diferentes estudios recogidos en Laqueur, Walter y Mosse, George (eds.), «Generations in Conflict», op. cit.; Colton, Joël et al., *La jeunesse et ses mouvements...*, op. cit.; o Dowe, Dieter (ed.), *Jugendprotest und Generationenkonflikt...*, op. cit. Ya Miller, J. Hillis, «Youth and the Future», *The Journal of Higher Education*, vol. 7, n.º. 5 (mayo de 1936), 249-256, 252, destacaba el papel de los jóvenes en la caída del zarismo en Rusia y en la subida del nazismo al poder en Alemania. Véase también Neumann, Sigmund, *The Conflict of Generations in Contemporary Europe: From Versailles to Munich*, *Vital Speeches of the Day*, vol V., n.º. 20 (1/8/1939), 623-628.

³⁶ Luza, Radomir, *History of the International...*, op.cit., 28 -de donde es la cita-, 39 y 311. Los límites de edad fijados para la pertenencia a las

organizaciones juveniles socialistas, al igual que en el resto de organizaciones juveniles de la época, era variado, aunque giraba en torno a los 14 y los 25-30 años: por ejemplo, la Liga de la Juventud Laborista británica, al organizarse con carácter nacional en 1926, estableció los límites de edad entre los 14 y los 25 años; la Federación de Juventudes Socialistas de España permitía pertenecer a ella hasta los 35, aunque se recomendaba el ingreso en el PSOE a los 23 y este ingreso era obligatorio a los treinta si se llevaba al menos tres meses afiliado (Layton- Henry, Zig, "Labour's Lost Youth", *Journal of Contemporary History*, vol. 11, n.ºs. 2/3 (julio de 1976), 275-308, 278; Federación Nacional De Las Juventudes Socialistas, *Estatutos de las Juventudes Socialistas*. Madrid, Gráfica Socialista, 1932, 9). Sobre el papel de las organizaciones juveniles socialistas en el surgimiento de los partidos comunistas en diferentes países europeos se puede ver Cornell, Richard, *Revolutionary Vanguard: the Early Years of the Communist Youth International 1914-1924*. Toronto-Buffalo-Londres, University of Toronto Press, 1982, 32-43; un análisis de la evolución de diferentes organizaciones juveniles socialistas europeas en Souto Kustrín, Sandra, "La atracción de las...", op. cit. Pero no fueron sólo las organizaciones juveniles políticas las que crecieron: los *Boy- Scouts* británicos, por ejemplo, pasaron de 152.000 miembros en 1913 a 438.000 en 1938, mientras que la *Boy's Brigade* pasó de 65.000 afiliados a 161.000 en las mismas fechas (Stevenson, J., "Childhood, Youth and Education", op. cit., 145).

³⁷ Altbach, Philip G., "The International Student Movement", en Laqueur, Walter y Mosse, George L. (eds.), "Generations in Conflict", op. cit., 156-174, 158-160. A finales de los años treinta los movimientos juveniles empezaron a sobrepasar los límites del mundo occidental: por ejemplo, tanto en la India como en China y Japón se crearon organizaciones nacionales de estudiantes (Braunghart, R.G., "Historical Generations and Youth Movements: A Theoretical Perspective". *Research in Social Movements, Conflict and Change*, vol. VI, 1984, 95-142, 126-128). Winslow, Walter Thacher, *Youth. A World Problem. A Study in World Perspective of Youth Conditions, Movements and programs*. Washington, Government Printing Office, 1937, ix-xii, destacaba la ampliación del periodo de juventud, y consideraba que ésta no formaba un grupo particular en los países muy atrasados y citaba como ejemplos a Nicaragua, Irán y Etiopía. Souto Kustrín, Sandra, <<El mundo que queremos crear>>: los congresos internacionales de la juventud y la crisis de entreguerras. Ponencia presentada a las XI^o Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán (Argentina), 19 al 21 de septiembre de 2007.

³⁸ Véanse, a modo de ejemplos, Bellut, Eugène, *Les organisations de Jeunesse a l'étranger*. París, P. Lethielleux, 1911; Marshall, M.A., *The adolescent in l'industry: an address delivered at the first*

Whitsuntide Conference of the School of Social Service on the Adolescent. Cardiff, Williams Lewis Printers Limited, 1922; Lignac, Xavier de, *La France attend sa jeunesse. Enquête sur la France qui vient*. París, Plon, 1938; Zorbaugh, Harvey W. (ed.), "The Challenge of Youth". *The Journal of Educational Sociology*, vol. 11, n.º. 6 (febrero, 1938); Morgan, Arthur E., *The Needs of Youth...*, op. cit.; Winslow, Walter Thacher, *Youth. A World Problem...*, op. cit.

³⁹ Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 37 y ss.; Kett, Joseph. F. "Adolescence and Youth in Nineteenth Century America". *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 2, n.º. 2, (otoño 1971), 283-298, 284; Springhall, John, *Coming of age...*, op. cit., 23.

⁴⁰ Hall, G. Stanley, *Adolescence: its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education*. Londres, Sidney Appleton, 1904. Hall fue el fundador de la Asociación de Psicología de Estados Unidos y el hombre que invitó a Freud a este país en 1909. Aunque su obra ahora tiene más interés histórico que valor científico o práctico en la psicología de la infancia o la adolescencia, si es cierto que a través de las visiones freudianas o más sociológicas y relativizadas todavía se tiende a ver, como dice Davis, a todos los adolescentes como problemáticos, volubles, muy influenciados y generalmente enfrentados con sus mayores. Springhall, John, *Coming of age...*, op. cit., 28-37. Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 62 y 65.

⁴¹ Freud, Sigmund, «La metamorfosis de la pubertad», en *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Alianza, Madrid, 1990, 72-106, (or. 1905). La influencia de los estudios de Freud en el trabajo social hacia los jóvenes en Alemania es destacado por Harvey, Elizabeth, *Youth and the welfare...*, op. cit., 160, aunque ya en la época en que Hall y Freud escribieron sus obras, y analizando las sociedades primitivas -en concreto a los masai- Van Gennep distinguía entre "pubertad física" y "pubertad social" (Vann Gennep, Arnold, *Los ritos de paso*. Madrid, Taurus, 1986 (or. 1909), 99); y, como plantea Mitterauer, Michael, *The European Family*, op. cit., 95, la pubertad es un hecho que no marca un punto crucial de la misma importancia en todos los momentos históricos y en todas las sociedades, e incluso fisiológicamente sus "tiempos" y efectos han variado en función de condiciones económicas, sociales, históricas, culturales y de clase.

⁴² Wallace, Claire y Jones, Gill, *Youth, family, and citizenship*. Buckingham (Filadelfia) y Bristol (EEUU), Open University Press, 1992, 6-7. No parece que se pueda considerar relacionada con la problemática juvenil la idea de que la historia es la sucesión de las generaciones que viven en un modo de producción determinado, como hace Feixa, Carles, *La joventut com a metàfora: sobre les cultures juvenils*. Barcelona, Secretaria General de Joventut de la Generalitat de Catalunya, 1993, 36, remitiendo a *La Ideología Alemana*.

⁴³ Feixa, Carles, *De jóvenes, bandas y tribus*, op. cit., 60-61 y Feixa, Carles, *La joventut com a metàfora...*, op. cit., 36-37. Pero, frente a lo que se dice en esta última obra en p. 37, en el momento en que Gramsci escribió sus *Cuadernos de la Cárcel* el reconocimiento de una problemática específica juvenil ya no era tan “insólito” en las diferentes variantes del marxismo (fuera el socialista o el comunista): Souto Kustrín, Sandra, “La atracción de las Juventudes Socialistas...”, op. cit.

⁴⁴ Mead, Margaret, *Coming of age in Samoa. A psychological study of primitive youth for western civilisation*. Nueva York, W. Morrow & Company, 1928. Springhall, John, *Coming of age...*, op. cit., 31-33, considera que estaba equivocada en su incuestionada asunción de que los adolescentes norteamericanos de los años veinte sí que sufrían “tensiones adolescentes”, aunque provocadas por factores culturales. Estudios posteriores han negado también su visión idílica de la adolescencia de Samoa (Freeman, Derek, *Margaret Mead and Samoa: the making and unmaking of an anthropological myth*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1983). Thrasher, Frederick Milton, *The Gang: a study of 1313 gangs in Chicago*. Chicago (Illinois), The University of Chicago Press, 1927. Thrasher utilizó una definición amplia que le permitió incluir desde bandas juveniles propiamente dichas a los *boy-scouts*. Breves análisis de sus planteamientos en Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 82; Feixa, Carles, *De jóvenes, bandas y tribus*, op. cit., 49-50.

⁴⁵ Ortega Y Gasset, José, *En torno a Galileo. Esquema de la crisis* (or. 1933). Madrid, Espasa Calpe, 1965, 62 y ss. Considera jóvenes a las personas comprendidas entre los 15 y los 30 años. Mannheim, Karl, “El problema de las generaciones” (or. 1928). *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º. 62 (abril-junio de 1993), 193-242, 216-217. Véase también Sánchez de la Yncera, I., “La Sociología ante el problema generacional. Anotaciones al trabajo de K. Mannheim”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º. 62 (abril-junio de 1993), 147-192. La definición de generación en Zarco, Juan y Orueta, Alfonso, “La idea de generación: una revisión crítica”. *Sistema*, n.º. 144 (mayo de 1998), 107-114, 109; el papel de los años juveniles lo destacan también estos autores en 112-114; y también es subrayado por Lain Entralgo, Pedro, *Las generaciones en la historia*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1945, 309; o Marías, Julián y Rintala, Marvin, “Generaciones”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid, Aguilar, 1975, vol. 5, 88-94, 92. Aunque el concepto de generación ya había sido utilizado en la antigüedad clásica por autores como Homero o Platón, su uso se generalizó a partir del siglo XIX, aplicado en primer lugar a diferentes fenómenos literarios y artísticos (Lain Entralgo, Pedro, *Las generaciones...*, op. cit., 214 y ss.).

⁴⁶ Ortega y Gasset, José, *En torno a Galileo...*, op. cit., 63; Lain Entralgo, Pedro, *Las generaciones...*, op. cit., 201-204; Jansen, Nerina, *La teoría de las*

generaciones y el cambio social. Madrid, Espasa Calpe, 1977, 171.

⁴⁷ Ortega Y Gasset, José, *El tema de nuestro tiempo*. Madrid, Espasa Calpe, 1988 (or. 1923), 57, y Lain Entralgo, Pedro, *Las generaciones en la historia*, op. cit., 305. La distinción entre minoría y masa es aceptada también, entre otros, por Jansen, Nerina, *La teoría de las generaciones...*, op. cit., 47, o Fischer, Ernst, *Problemas de la generación joven (entre la impotencia y la responsabilidad)*. Madrid, Editorial Ciencia Nueva, 1967, 20 y 62. La crítica, en Kriegel, Annie, “Generational Differences...”, op. cit., 29. Ver también Spitzer, Alan B., “The Historical Problems of Generations”. *American Historical Review*, vol. 78, n.º. 5 (1973), 1.353-1.385, 1.355. Un análisis general sobre las diferentes teorías de las generaciones y sus problemas en Jaeger, Hans, “Generations in History: Reflections on a Controversial Concept”. *History and Theory*, vol. 24, n.º. 3, (octubre, 1985), 273-292; una síntesis en castellano se puede ver en Aróstegui, Julio, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid, Alianza, 2004, 111-121.

⁴⁸ Mannheim, Karl, “El problema de las generaciones”, op. cit., la cita en 223. Hood-Williams, John, “The problem of the problems of generations”, *Youth and Policy. The Journal of Critical Analysis*, n.º. 10 (otoño 1984), 41-43 y 56, 42; Jaeger, Hans, “Generations in History...”, op. cit., 285-289.

⁴⁹ Véanse, por ejemplo, Reeves, Floyd W. (ed.), “Youth and Postwar Reconstruction”. *The Journal of Educational Sociology*, vol. 15, n.º. 9 (mayo, 1942), 509-514; Berr, Henri, *Problèmes d'avenir. Le mal de la jeunesse allemande*. Paris, Albin Michel, 1946; Ebeling, Hans, *The German youth movement: its past and future*. London, The New Europe Publishing Co. Ltd., 1945; Franke, Vera (ed.), *Youth of Germany. A lost Generation?* Nueva York, American Association for a Democratic Germany, abril de 1945; Hartshorne, Edward Yarnall, *German youth and the nazi dream of victory*. New York-Toronto, Farrar and Rinehart, Inc., 1941; Kunzer, Edward J., “The Youth of Nazi German”. *Journal of Educational Sociology*, vol. 11, n.º. 6 (febrero de 1938), 342-350; o Siebert, J. G., *The re-making of German youth*. Londres, ING Publications Ltd., [1945].

⁵⁰ Parsons, Talcott, “Age and sex in the Social Structure of the United States”. *American Sociological Review*, vol. 7, n.º. 5 (octubre de 1942), 604-616, ver esp. 608-609 y 614, la cita es de esta última página. Posteriormente, Parsons definiría las culturas juveniles como una consecuencia de la extensión de la educación secundaria y consideraría que el estudiantado (*studentry*) estaba conformándose como “un nuevo status” en las sociedades contemporáneas y especialmente en Estados Unidos (Parsons, Talcott y Platt, Gerald M., “Age, Social Structure, and Socialization in Higher Education”, *Sociology of Education*, vol. 43, n.º. 1 (invierno 1970), 1-37, 3-4 y 34). Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 83-84. Goertzel, Ted,

“Generational Conflict and Social Change”. *Youth and society*, vol. 3, nº. 3 (marzo 1972), 327-352, 328 y 331. La obra más importante en relación a la temática juvenil de Samuel Noah Eisenstadt es *From generation to generation. Age Groups and Social Structure*, Glencoe (Illinois). Free Press, 1956.

⁵¹ Erikson, Erik, *Childhood and Society*. Nueva York, Norton, 1950; Erikson, Erik, *Identidad. Juventud y crisis*. Madrid, Taurus, 1992 (or. 1968), especialmente, capítulo VI, “Hacia alternativas contemporáneas: la juventud”; 201-226, las citas en 210, 220 y 223. Davis, John, *Youth and the Condition...*, op. cit., 62 y 66. En España algunos autores considerarían a la juventud como “un nuevo cuerpo social” y dirían que “toda juventud por el hecho de serlo, y en cualquier ciclo histórico que la consideremos, tiene –biológicamente considerada– que caracterizarse generalmente por la inquietud y la rebeldía” (Izquierdo Moreno, Ciriaco, “La rebeldía juvenil”. *Revista del Instituto de la Juventud*, nº. 61 (1975), 33-60, 33-34).

⁵² Keniston, Kenneth, “Las dos revoluciones de la juventud contemporánea”. *Revista de Occidente*, Madrid, nº. 87 (1970), 265-289, 268-69. Un ejemplo de estudio neofreudiano es el de Feuer, Lewis Samuel, *The Conflict of generations. The Character and Significance of Student Movements*. Londres, Heinemann, 1969, que comenzaba planteando que su objetivo era mostrar “los componentes irracionales y autodestructivos de la historia de los movimientos estudiantiles, lo que permitiría vencerlos o, al menos, superarlos” (p. viii). Esto no quiere decir que las características biológicas o psicológicas no jueguen ningún papel: por ejemplo, es en la adolescencia y la juventud cuando el ser humano es capaz de entender y utilizar lenguajes abstractos, lo que permite su adscripción ideológica; y la necesidad de construcción de un universo simbólico de definiciones e identidades que se realiza en dicha etapa evolutiva puede favorecer el desarrollo en los jóvenes de ideas polarizadas o totalitarias (véase, Fernández Villanueva, Concepción (ed.), *Jóvenes violentos. Causas psicosociológicas de la violencia en grupo*. Barcelona, Icaria, 1998, 356 y 358), pero estos factores no explican el porqué ni el momento histórico en que surgen determinadas culturas y movimientos juveniles, ni sus características y actividades.

⁵³ Los distintos usos del concepto de generación en Braunghart, Richard G. y Braungart, Margaret M., “Life-course and Generational Politics”. *Annual Review of Sociology*, vol. 12 (1986), 205-231, 207; Cohen, Phil, “Rethinking the Youth Question”, op. cit., 190; Wallace, Claire y Jones, Gill, *Youth, family, and citizenship*, op. cit., 7; Mauger, Gérard, «Éléments pour une réflexion critique sur la catégorie de «jeunesse», en *Actes du colloque international Historicité de l'enfance et de la jeunesse, Athènes, 1-5 octobre 1984*, Athènes, Archives Historiques de la jeunesse grecque-Secrétariat général à la jeunesse, 1986, 133-149,

146; Zarco, Juan y Orueta, Alfonso, “La idea de generación...”, op. cit., 111; Mariás, Julián y Rintala, Marvin, “Generaciones”, op. cit., p. 92; Kertzer, David I., “Generation as a Sociological Problem”. *Annual Review of Sociology*, vol. 9 (1983), 125-149. Este último autor concluye que la mayoría de los estudios sobre el conflicto generacional hablan de las relaciones entre personas de diferentes grupos de edad (p. 134).

⁵⁴ Rosenmayr, Leopold, “Conceptual and Theoretical Foundations”, op. cit., 28-30; Eckhardt, Kenneth W. y Schriener, Eldon C., “Familial Conflict, Adolescent Rebellion, and Political Expression”. *Journal of Marriage and the Family*, vol. 31, nº. 3 (agosto, 1969), 494-499; Demartini, Joseph R., “Change Agents and Generational Relationships: A Reevaluation of Mannheim's Problem of Generations”. *Social Forces*, vol. 64, nº. 1 (Septiembre 1985), 1-16; Spitzer, Alan B., “The Historical Problems of Generations”, op. cit., 1.361. La estrecha conexión entre las ideas políticas de padres e hijos ha sido destacada para el caso español, más tardíamente, por estudios como los de Maravall, José María, *Las políticas de la Transición*. Madrid, Taurus, 1985; o Jaime Castillo, Antonio, M. (2000), “Familia y socialización política. La transmisión de orientaciones ideológicas en el seno de la familia española”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº. 92, 71-92, citados por Barbeito, Roberto Luciano, “La familia y los procesos...”, op. cit., 3.

⁵⁵ Griffin, Christine, “Representations of the Young”, en Tucker, Stanley y Roche, Jeremy (eds.), *Youth in society: contemporary theory, policy and practice*. Londres, Sage y The Open University, 1997, 17-25, p. 18. Ver también La última cita, en Springhall, John, “The origins of Adolescence”, *Youth and Policy. The Journal of Critical Analysis*, nº. 3 (invierno 1983/1984), 20-35, 21-22; Win, Johanna y White, Robert, *Rethinking Youth*, op. cit., 52-53 o Cohen, Phil, “Rethinking the Youth Question”, op. cit., 187 y ss.

⁵⁶ Véase, por ejemplo, el estudio de Musgrove, Frank, *Youth and the Social Order*. Londres, Routledge & Kegan Paul, 1964. Abrams, Philip, “Rites de Passage...”; op. cit, 179.

⁵⁷ Griffin, Christine, *Representations of youth...*, op. cit. p. 23; Murdock, Graham y McCron, Robin, “Youth and Class: The career of a confusion”, en Mungham, Geoff y Pearson, Geoffrey (eds.), *Working class youth culture*. Londres, Henley-on-Thames y Boston, Routledge y Kegan Paul, 1976, 10-26, 24. Ver también Murdock, Graham y McCron, Robin, “Consciousness of class...”, op. cit., passim.

⁵⁸ Win, Johanna y White, Robert, *Rethinking Youth*, op. cit., 97; Wallace, Claire y Jones, Gill, *Youth, family, and citizenship*, op. cit., 8; Clarke, John, Hall, Stuart, Jefferson, Tony y Roberts, Brian, “Subcultures, cultures and class”, en Hall, Stuart y Jefferson, Tony, (eds.), *Resistance through Rituals...*, op. cit., 9-75, 44 y ss.

⁵⁹ Cohen, Phil, “Rethinking the Youth Question”, op. cit., 221; Wallace, Claire y Jones, Gill, *Youth, family, and citizenship*, op. cit., 11-15. Con el postmodernismo, además, estas perspectivas se han hecho cada vez más deconstruccionistas.

⁶⁰ Las citas son de Galland, Olivier, *Sociologie de la jeunesse. L'entrée dans la vie*. París, Armand Colin, 1991, 49; y Win, Johanna y White, Robert, *Rethinking Youth*, op. cit., 10. Tampoco la adolescencia “es un simple hecho biológico que se pueda equiparar a pubertad, sino que es una expresión cultural de ciertas relaciones sociales y un producto de un conjunto de circunstancias históricas específicas” (Springhall, John, “The origins of Adolescence”, op. cit., 21). Sobre el carácter de construcción social de la juventud, véase, por ejemplo, Wallace, Claire y Kovatcheva, Sijka, *Youth in Society...*, op. cit., 9 y 30.

⁶¹ Mitterauer, Michael, *A history of youth*, op. cit., vii y 49-50. Véase también Win Johanna y White, Robert, *Rethinking Youth*, op. cit., 3-4. Para estos dos últimos autores, al igual que para P. Bourdieu, las relaciones de edad, al estar jurídicamente fijadas, son también instrumentos de poder y están modeladas por las relaciones de poder existentes en la sociedad (Bourdieu, Pierre, *La distinción*, París, Ed. de Minuit, 1979, 556 (ed. en castellano *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus, 1991), cit por Mauger, Gérard, « Éléments pour une réflexion... », op. cit., 141).

⁶² Mauger, Gérard, « Éléments pour une réflexion... », op. cit., 148; Teles, Nair, “Une réflexion sur ...”, op. cit., 51; Spitzer, Alan B., “The Historical Problems of Generations”, op. cit., 1.368.

⁶³ Un breve análisis de la historiografía sobre los movimientos juveniles en Europa, en Souto Kustrín, Sandra, “«El mundo ha llegado...”, op. cit., 187-190; una bastante exhaustiva recopilación de lo publicado hasta ahora sobre la problemática de la movilización juvenil en España en González Calleja, Eduardo y Souto Kustrín, Sandra, “Juventud y política en España: orientación bibliográfica”, en González Calleja, Eduardo (ed.), “Juventud y política...”, op. cit., 283-298. Entre los escasos ejemplos de estudios y traducciones al castellano se pueden citar Morente Valero, Francisco, <<Libro e moschetto>>, *política educativa y política de juventud en la Italia fascista (1922-1943)*. Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 2000; Sáez Marín, Juan, “Asociacionismo juvenil en Europa hasta 1940 (Notas para Estudio, I)”, *De Juventud*, nº. 5 (enero-marzo 1982), 37-57; Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (eds.), *Historia de los jóvenes*. Madrid, Taurus, 1996; Knopp, Guido, *Los niños de Hitler: retrato de una generación manipulada*, Barcelona, Salvat, 2001; Scholl, Inge, *La Rosa Blanca*, Barcelona, Columna-PSC, 1994; Souto Kustrín, Sandra (coord.), “Ser joven en la Europa...”, op. cit.

⁶⁴ Estados de la cuestión sobre los estudios relacionados con la juventud en España en otras ciencias sociales se pueden ver en López Jiménez,

María Ángeles, “Sociology of Youth”, en Giner, Salvador, y Moreno, Luis (eds.), *Sociology in Spain*. Madrid, CSIC, 1990, 213-223; Feixa, Carles y Porzio, Laura, “Los estudios sobre culturas juveniles en España (1960-2003)”, en Feixa, Carles (coord), “De las tribus urbanas a las culturas juveniles”. *Revista de Estudios de Juventud*, Madrid, Injuve, nº. 64 (marzo 2004), 9-28. Sobre el surgimiento y evolución del Instituto de la Juventud en España y las diferentes encuestas sobre la juventud (que analiza hasta la de 1988) ver Sáez Marín, Juan, “Los estudios sobre juventud en España: Contextos de un proceso de investigación-acción (1960-1990)”. *Revista Internacional de Sociología*, Tercera Época, nº. 10, enero-abril 1995, 159-197. La revista del Instituto de la Juventud ha publicado muchos estudios sobre diferentes aspectos de la problemática juvenil en España en los últimos 30 años y una gran parte de sus números se pueden ver completos en www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos

⁶⁵ Fernández Villanueva, Concepción, *Jóvenes violentos...*, op. cit. p. 344.

⁶⁶ Feixa, Carles, Saura, Joan L. y Costa, Carmen, “De jóvenes, movimientos y sociedades”, en Feixa, Carles, Saura, Joan L. y Costa, Carmen (eds.), *Movimientos juveniles: de la globalización a la antiglobalización*. Barcelona, Ariel, 2002, 9-24, 10. Sobre el movimiento juvenil en Argentina véase en el mismo libro Balardini, Sergio Alejandro; “Córdoba, “cordobaza” y después. Mutaciones del movimiento juvenil en Argentina”, 38-57, esp. 38-49. Sus métodos (45-46) eran muy similares a los que llevaban usando los estudiantes españoles en sus movilizaciones desde la noche de San Daniel de 10 de abril de 1865: la toma de edificios, la huelga, la movilización callejera, o la búsqueda de alianzas con fuerzas extrauniversitarias (González, Calleja, Eduardo: “Rebelión en las aulas...”, op. cit., 125 y ss.). Véase también Ben-Ami, Shlomo., “Los estudiantes contra el Rey. Papel de la F.U.E. en la caída de la dictadura y la proclamación de la República”. *Historia 16*, nº. 6 (octubre de 1976), 37-47 y “La rebellion universitaire en Espagne, 1927-1931”. *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, tomo XXVI (julio-septiembre de 1979), 365-390.

⁶⁷ Feixa, Carles, *De jóvenes, bandas y tribus*, 48 y ss. De hecho, la descripción de la banda parisina analizada en el estudio de Jean Monod que se destaca en 66 y ss., recuerda mucho a las bandas juveniles “históricas” citadas. El carácter de los enfrentamientos dentro y entre bandas descritos sobre la primera se parece también a la actuación de las bandas juveniles obreras británicas del periodo de entreguerras analizadas por Humphries, Stephen, *Hooligans or Rebels? ...*, op. cit., esp. capítulo 7, “Street Gangs: Revolt, Rivalry and Racism”, 174-208. Sobre las *cliqués* berlinesas, véase, por ejemplo, Rosenhaft, Eve, “Organising the “Lumpenproletariat”: cliques and Communists in Berlin during the Weimar Republic”, en Evans, Richard J. (ed.), *The German Working Class 1888-1933: the Politics of Everyday Life*. Londres, Croom

Helm, 1982, 174-219; sobre Barcelona, Ealham, Chris, *La lucha por Barcelona...*, op. cit., 76 y 91 y ss.

⁶⁸ Relación ya reivindicada por el mismo Carlos Feixa en 1994, que planteaba que ante la necesidad de evitar la tendencia a considerar a los grupos de edad como tribus aisladas y a ignorar los procesos de cambio histórico y el marco institucional, “los antropólogos convergirán necesariamente con sociólogos e historiadores” (Feixa, Carles, “Antropología de la joventut”, *L’Avenç*, n.º. 184 (1994), 46-50, 49-50). Bontempi, Marco, “Viajeros sin mapa. Construcción de la juventud y trayectos de la autonomía juvenil en la Unión Europea”. “Jóvenes, Constitución y cultura democrática”, *Revista de Estudios de Juventud*, n.º. especial con motivo del 25 aniversario de la Constitución Española, es un ejemplo de cómo se puede hablar del papel de la modernidad (p. 26), e incluso de “primera modernidad” (p. 28), en la construcción de la juventud, sin prácticamente ninguna referencia histórica más.